

EN: ESTUDIOS SOCIOLOGICOS,  
VOL. VI, NUM. 17. MEXICO:  
EL COLEGIO DE MEXICO-CES,  
MAYO-AGOSTO, 1988.  
PP. 259-307.

## El nuevo movimiento teórico\*

*Jeffrey C. Alexander*

LA TEORÍA SOCIOLÓGICA se encuentra en un punto crítico. Los jóvenes que antaño atacaron la teoría funcionalista son hoy personas maduras. Sus polémicas lecciones han sido bien asimiladas; sin embargo, como tradiciones establecidas, sus limitaciones teóricas se han vuelto cada vez más evidentes. La preocupación en torno a la crisis de la sociología marcó el surgimiento de la época posfuncionalista. En la actualidad, cuando incluso ésta está tocando su fin, no se advierte una crisis, sino una encrucijada, un punto crítico anticipado con impaciencia.

Frente al predominio funcionalista de la posguerra, tuvieron lugar dos revoluciones. Por una parte, surgieron escuelas radicales y provocadoras microteorías que ponían el acento en la contingencia del orden social y en la centralidad de la negociación individual. Por otra, se desarrollaron vigorosas escuelas de macroteoría que hicieron hincapié en el papel de las estructuras coercitivas en la determinación de la acción colectiva individual. Estos movimientos transformaron el debate teórico general e influyeron la práctica empírica a nivel del alcance medio. No obstante el éxito, la confianza y el impulso de estos enfoques teóricos, los mismos han comenzado a declinar.

Se han debilitado porque su parcialidad los hizo insostenibles. Ésta será la hipótesis central del presente ensayo. Voy a demostrar que la unilateralidad ha producido debilitantes contra-

\* Agradecemos la colaboración del doctor Ángel F. Nebbia, del licenciado Luis Escala Rabadón, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, y de la doctora Lisa Fuentes en la preparación definitiva de la versión actual del trabajo del profesor Alexander. (Nota de la redacción.)

dicciones en el seno de las tradiciones micro y macro, y a sugerir que, a fin de superar estas dificultades, una nueva generación de teóricos de la sociología ha formulado un programa totalmente distinto. Aunque entre éstos existen diferencias fundamentales, están de acuerdo, sin embargo, en un principio fundamental: las micro y macro teorías no son satisfactorias; la acción y la estructura deben conjugarse. Hace apenas diez años el ambiente estaba cargado de exigencias en torno a programas radicales y unilaterales, mientras que hoy sólo se advierten pedidos urgentes de una teorización por completo distinta. En los centros de la sociología occidental —Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos— una teorización sintética, más que polémica, está a la orden del día.

Mi propósito en este trabajo es plantear una reconstrucción analítica de ese novedoso y sorprendente cambio en el avance de la teoría general. Sin embargo, debo comenzar por la justificación del proyecto mismo de una teoría general. Es indiscutible que hacer teoría en escala general —sin hacer referencias a problemas empíricos particulares o a dominios distintivos— constituye una tarea de importancia. Es la teoría general, tomemos por caso, la que ha articulado y sostenido las tendencias recién descritas. Además, estas tendencias, cristalizadas por medio de amplios debates teóricos, no permanecieron apartadas en algún ámbito abstracto. Por el contrario, permearon todo el subcampo empírico de la sociología. Sin embargo, en la sociología estadounidense la importancia y aun la validez de la teoría general están sujetas a constante discusión. El reflejo de un sesgo empiricista profundamente arraigado persiste; este cuestionamiento multiplica la dificultad para advertir tendencias más amplias y argumentar sobre el rumbo de la sociología en una forma racional y disciplinada. Resulta claro que, como preludeo de todo ejercicio teórico sustancial, se debe defender el proyecto de una teoría general y explicar las razones de su singular importancia.

Voy a llevar a cabo esta defensa de la teoría general a la luz de la naturaleza especial de la ciencia social. Sostengo que la predicción y la explicación no son las únicas metas de la ciencia social y que las formas más generales del discurso, tendientes a caracterizar los debates teóricos, revisten igual importancia. Insistiré, además, en que los criterios evaluativos aparte de los empíricos son inmanentes a ese discurso. Tras realizar esta de-

fensa, procederé a articular tales criterios de verdad para el nivel "presuposicional" del discurso. Llegado a este punto regresaré al propósito central de este ensayo. Haré la reconstrucción del desenvolvimiento de las respuestas micro y macro a la tradición funcionalista, y evaluaré estos discursos en términos de los criterios de validez expuestos. Tras identificar los proyectos teóricos surgidos en respuesta a las limitaciones de las tradiciones micro y macro, esbozaré los esquemas de lo que habrá de constituir el modelo sintético de la interrelación entre acción y estructura.

### **La sociología como discurso y explicación**

Con el fin de defender el proyecto de una teoría general, debe aceptarse que el valor científico de los argumentos sociológicos no depende de su capacidad para ofrecer resultados explicativos inmediatos. Que este postulado sea aceptado por los científicos sociales depende, primero, de que consideren a su disciplina como una forma incipiente de la ciencia natural y, después, de cómo juzguen a esta última. Quienes se oponen a la argumentación general no sólo identifican a la sociología con la ciencia natural, sino que consideran a esta última como una actividad antifilosófica, basada en la observación, propositiva y puramente explicativa. Sin embargo, quienes desean legitimar la argumentación general en la sociología, también pueden identificarla con la ciencia natural: para ello señalan las implicaciones de la revolución de Kuhn, y alegan que los postulados filosóficos y no empíricos dan forma y a menudo influyen decisivamente en la práctica de la ciencia natural. Adopté esta defensa de la argumentación general en mi primer libro, *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies* (Alexander, 1982).

Esta defensa frente a un positivismo estrictamente explicativo ha resultado insuficiente. No cabe duda que, en respuesta a este argumento, ha surgido de manera gradual entre los practicantes de la ciencia social una comprensión más refinada de la ciencia. En consecuencia, entre los miembros del campo empirista se ha suscitado una mayor tolerancia a la teoría general.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Este efecto se puede observar, por ejemplo, en el trabajo reciente de Kreps (1985,

Sin embargo, al destacar los aspectos personales y subjetivos, la posición pospositivista no ha logrado dar cuenta de la objetividad relativa y del asombroso éxito explicativo de la ciencia natural. Esta falla ha debilitado su defensa de la argumentación general en la ciencia social. Es indudable que la ciencia natural tiene su hermenéutica propia; no obstante, si esta subjetividad no ha impedido la construcción de poderosas leyes ni la acumulación general de conocimiento fáctico, entonces parecería que, incluso una ciencia social pospositivista, podría seguir sosteniéndose sólo con estos criterios empiristas. Sin embargo, esta conclusión no es segura. Otros criterios, aparte del éxito explicativo, se hallan hondamente implícitos en la discusión de la ciencia social. En comparación con la ciencia natural, por todos lados hay argumentos sin referencia inmediata a asuntos fácticos y explicativos. Se podría concluir que la estrategia de identificar a la ciencia social con una ciencia natural interpretativa es errónea. Así, la defensa de la generalización en la ciencia social no se puede sostener exclusivamente en la redefinición kuhniana de la ciencia natural.<sup>2</sup> También debe diferenciarse a la ciencia social de la natural en términos decisivos. Que ambas actividades compartan una epistemología interpretativa constituye el inicio, no el fin del razonamiento.

Es hora, pues, de reconocer que la hermenéutica científica se puede producir en tipos muy diferentes de actividad científica. Sólo así es posible comprender de verdad el importante papel de la generalización en la ciencia social —en comparación con la natural—, mucho menos aceptada como actividad legítima por derecho propio. Sólo en la medida en que se admita su importancia se podrán formalizar y someter explícitamente a una discusión racional los criterios de verdad implícitos en dicha argumentación general. Abandonar el empirismo no es, después de todo, tomar partido por un relativismo irracional.<sup>3</sup>

1987). Dedicado al objetivo práctico de producir leyes explicativas para la investigación sobre el desastre, siente la necesidad de emprender un ambicioso programa de teoría general y hacer explícitas sus posiciones en el nivel más alejado de lo empírico y centrado en los supuestos.

<sup>2</sup> El propio Kuhn (1970), desde luego, hubiera sido el primero en insistir en que esta redefinición de la ciencia natural no le niega su carácter relativamente objetivo y acumulativo, y que la ciencia social pocas veces logra algo semejante.

<sup>3</sup> Una forma del irracionalismo descansa precisamente en el peligro de la posición

Que la ciencia se entienda como actividad hermenéutica no determina los temas asignados a la actividad científica en cualquier disciplina dada. Empero, es justamente la asignación de dicha actividad la que da el "cariz" empírico o teórico a una disciplina. Aun los pospositivistas declarados han reconocido que la ciencia natural moderna se puede distinguir de otras clases de estudios humanos por su capacidad para excluir de sus objetos de examen las ataduras subjetivas en que descansan. Por ejemplo, si bien Holton ha demostrado con gran dificultad que los temas arbitrarios y supraempíricos afectan profundamente a la física moderna, por otra parte insiste (1973, pp. 330-331) en que nunca ha sido su intención alegar que las discusiones temáticas deban introducirse "en la práctica científica misma". Señala, de hecho, que "sólo cuando dichos asuntos se han eliminado en el laboratorio, la ciencia comienza a desarrollarse con rapidez". Incluso un idealista declarado, el filósofo Collingwood (1940, p. 33), quien insistió en que la práctica científica descansa en supuestos metafísicos, admitió que "la tarea del científico no consiste en proponerlos sino sólo en presuponerlos".

resueltamente "antifuncionalista" que ha sido esbozada por Richard Rorty. En *Philosophy and the Mirror of Nature* (1979), Rorty presenta una revisión muy crítica de la historia de la filosofía occidental. Argumenta que en la medida en que el esfuerzo de siglos para establecer fundamentos epistemológicos para evaluaciones objetivas ha sido un fracaso, el esfuerzo por tratar de comprometerse con un discurso tan general debería ser abandonado. Pasar de esta postura al abandono de los esfuerzos de las ciencias sociales para construir teorías generales es un paso muy corto, tanto de la sociedad como de la teoría en cuanto tal. Así, prolongando a Rorty, los filósofos (e.g. Rajchman, 1985) han argumentado en favor de reducir a la filosofía en teoría literaria, los sociólogos (véase, e.g. Wardell y Turner, 1986) en favor de pasar de la teoría general al razonamiento moral. Tratando de crear un terreno intermedio entre el positivismo y una hermenéutica personal, mi argumento en este ensayo entra en debate con estas posiciones. Una cosa es abandonar la búsqueda de un acceso epistemológico a lo "real" en un sentido directo, reflexivo, "como un espejo". Otra cosa es abdicar en la búsqueda de criterios consensuales, universales e impersonales para la evaluación del proyecto de la racionalidad en sí misma. Aceptar estos abandonos es hacer equivalentes las ejemplificaciones de la racionalidad con el empirismo vulgar como lo hace Sica (1986, p. 155) cuando caracteriza la teorización de Habermas en términos de una "rigidificación sin sentido en favor del cientismo que él prefiere". Si esos argumentos se inspiran en la hermenéutica, una comprensión realmente anclada en esta última no tiene por qué abandonar el esfuerzo por construir la verdad cognoscitiva; debe simplemente abandonar el sueño utópico de que se pueda establecer un sólo "estándar" de verdad ahistórica. Es entonces una comprensión distorsionada de la ciencia social que debe abandonarse y no la disciplina de la ciencia social en cuanto tal. Mi objetivo en lo que sigue es demostrar que esta disciplina como tal es practicada y no como está conceptualizada en la terminología de la reconstrucción positivista —no es no empirista ni carece de esfuerzos, frecuentemente muy clarificadores, para establecer estándares universalistas para el conocimiento objetivo.

¿Por qué pueden los científicos naturales, pese a los aspectos subjetivos de su conocimiento, sacar semejantes exclusiones? La respuesta es importante, pues la misma va a decirnos por qué no pueden hacerlo los científicos sociales. No es porque los científicos naturales estén más comprometidos con normas y procedimientos racionales, sino porque la asignación de la actividad científica depende de lo que sus practicantes consideran problemático intelectualmente. El frecuente acuerdo entre los científicos naturales en torno a los problemas generales de su oficio explica por qué su atención explícita se vuelca sobre problemas empíricos específicos. Es esto justamente lo que permite a la ciencia normal, en el sentido de Kuhn (1970), proceder como actividad de solución de problemas empíricos y específicos. Habermas también es particularmente receptivo de la relación entre esta especificidad empírica y el acuerdo general. Tomando a la ciencia normal para caracterizar a la ciencia natural como tal, afirma (1971, p. 91) que “el auténtico logro de la ciencia moderna no consiste ante todo en producir verdad [sino en] un método para llegar a un consenso libre y permanente”.

Sólo cuando hay discrepancia en torno a los supuestos de fondo que dan forma a la ciencia entran en juego de manera abierta los temas supraempíricos. A esto Kuhn lo denomina crisis del paradigma. Es en estas crisis, a su juicio, cuando se “recurre a la filosofía y al debate en torno a los fundamentos”. En las épocas normales de la ciencia se disimulan estas dimensiones no empíricas; por este motivo pareciera que las hipótesis especulativas se pueden decidir por referencia ya sea a sus datos sensibles, relativamente accesibles, o a las teorías cuya especificidad torna patente de inmediato su relevancia para dichos datos. No ocurre así en la ciencia social, ya que en su aplicación social esta ciencia produce tanto más desacuerdo. Los supuestos de fondo —implícitos y relativamente invisibles en la ciencia natural— afloran aquí con intensidad debido a la persistencia y difusión de dicha discrepancia. Las condiciones descritas por Kuhn para definir la crisis del paradigma en las ciencias naturales, son rutina en las ciencias sociales.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Ésta es una razón por la que muchas de las aplicaciones de las ideas de Kuhn a la sociología (e.g. Friedrichs, 1970) parecen, retrospectivamente, hiperbólicas y exageradas. Proclamaron levantamientos revolucionarios en una disciplina que siempre había estado en una situación de debates encontrados y renovaciones teóricas.

Al destacar la importancia del desacuerdo entre la ciencia social y la natural, no es preciso caer en un relativismo radical. Persiste la posibilidad del conocimiento racional en las ciencias sociales, aun cuando se abandone el ideal de la concepción empirista de la objetividad. Este reconocimiento tampoco niega la posibilidad de construir amplias leyes para los procesos sociales, ni de lograr predicciones relativamente acertadas.<sup>5</sup> Se puede obtener conocimiento acumulativo sobre el mundo desde perspectivas diferentes y rivales (Wagner, 1984). También es posible sostener leyes amplias de relativa predictibilidad desde orientaciones generales discrepantes en aspectos sustanciales.

Sin embargo, insisto en que las condiciones de la ciencia social vuelven poco probable el acuerdo consistente en torno a la naturaleza precisa del conocimiento empírico, y no se diga el acuerdo sobre las leyes explicativas amplias. Como la competencia entre las perspectivas fundamentales es normal, los supuestos de fondo de la ciencia social son comúnmente visibles. La discusión generalizada se da en torno a las fuentes y consecuencias del desacuerdo fundamental. Como los supuestos de fondo son tan evidentes, entonces la discusión generalizada se vuelve parte integral del debate científico social, tan integral como la propia actividad explicativa. Por lo tanto, en la ciencia social los argumentos en torno a la validez no se pueden referir sólo a asuntos más empíricos; atraviesan la totalidad de los supuestos no empíricos que sustentan las perspectivas discrepantes.

A este argumento los seguidores del positivismo responderán que, lejos de ser el profundo desacuerdo, la fuente de la diferencia entre la ciencia natural y la social, lo son sus resultados. Concluyen (por ejemplo, Wallace, 1971) que si los sociólogos sólo fuesen más fieles al rigor y a la disciplina de la ciencia natural, entonces la calidad general y especulativa de la discusión de la ciencia social cedería, y en algún momento llegaría a desaparecer el desacuerdo. Este argumento adolece de un error funda-

<sup>5</sup> En este sentido, Wagner y Berger (1984) y Wagner (1984) tienen razón cuando subrayan las similitudes entre el progreso científico en las ciencias "duras" y "blandas". Sin embargo, al separar drásticamente los programas de investigación explicativos de lo que ellos llaman "estrategias orientadoras", olvidan la calidad discursiva y generalizada del argumento de la ciencia social y, por lo tanto, el relativismo que es inherente a todo "progreso" en las ciencias sociales.

mental: el profundo desacuerdo es inherente a la ciencia social, por razones cognoscitivas y evaluativas.

En la medida en que los objetos de una ciencia se sitúan en el mundo físico exterior a la mente humana, sus referentes empíricos pueden, en principio, verificarse más fácilmente por medio de la comunicación interpersonal. Los objetos de la ciencia social constituyen estados mentales o condiciones en las que éstos están inmersos. Por esta razón, se torna endémica la posibilidad de confundir los estados mentales del observador científico con los estados mentales de aquéllos observados. Se trata de la versión, en ciencia social, del principio de incertidumbre de Heisenberg.

La resistencia al acuerdo simple en asuntos empíricos surge también de la naturaleza claramente valorativa de la ciencia social. En contraste con la ciencia natural, en ésta existe una relación simbiótica entre la descripción y la evaluación. La descripción misma de los objetos de investigación tiene implicaciones ideológicas: ¿la sociedad se denomina “capitalista” o “industrial”?; ¿se ha dado una “proletarización”, “individuación” o “atomización”? Cada caracterización inicia, lo que Giddens (1976) ha denominado la doble hermenéutica, una interpretación de la realidad capaz de ingresar a la vida social y regresar para incidir a su vez sobre las definiciones del intérprete. Además, cada vez habrá menos consenso en la medida en que resulta difícil, por razones cognoscitivas y valorativas, alcanzarlo incluso respecto de los referentes empíricos simples de la ciencia social, así como respecto de las abstracciones surgidas de éstos, que constituyen la sustancia de la teoría de la ciencia social.

Por último, se debe al desacuerdo empírico y teórico endémico que la ciencia social se constituya en tradiciones y escuelas. Es más, estos grupos solidarios no son simples manifestaciones de desacuerdo científico, sino las bases sobre las que se promueve y se sustenta el desacuerdo. En efecto, en vez de aceptar el desacuerdo y la comunicación distorsionada que conlleva como males necesarios, muchos teóricos de la ciencia social (como Ritzer, 1975) aplauden el conflicto entre corrientes como muestra de salud en la disciplina.

Por todas estas razones, el discurso —no sólo la explicación— se convierte en el acontecimiento principal de la ciencia social. Por discurso quiero designar los modos de argumentación más

consistentemente generalizados y especulativos que las discusiones científicas normales. Éstas se dirigen de manera más disciplinada a partes específicas de la evidencia empírica, a la lógica inductiva y deductiva, a la explicación por medio de leyes amplias, y a los métodos por los cuales éstas se pueden verificar o refutar. El discurso, por el contrario, es racionador. Se centra en los procesos del razonamiento más que en los resultados de la experiencia inmediata, y adquiere relevancia donde no existe verdad simple y evidente. El discurso busca la persuasión mediante el argumento más que de la predicción. Su capacidad de persuasión se fundamenta en características tales como la coherencia lógica, la amplitud de alcance, la visión interpretativa, la importancia de los valores, la fuerza retórica, la belleza y la textura del argumento.

Foucault (1970) identifica las prácticas intelectuales, científicas y políticas como “discursos” a fin de negar su condición meramente empírica e inductiva. Así, insiste en que las actividades prácticas se constituyen históricamente y están modeladas por entendidos metafísicos capaces de definir toda una época. También la sociología es un campo discursivo. No obstante, aquí existe poca de la homogeneidad que Foucault atribuye a estos campos; en la ciencia social hay discursos, no discurso. Además, estos discursos no están estrechamente vinculados con la legitimación del poder, como sostuvo cada vez con mayor insistencia Foucault en sus últimos trabajos. Los discursos científicos sociales se dirigen a la verdad, y están constantemente sujetos a planteamientos racionales sobre la forma en que se puede llegar a la verdad y lo que ésta podría ser.

Aquí recorro al concepto de Habermas (por ejemplo, 1984) sobre el discurso como parte de un esfuerzo de los interlocutores por lograr una comunicación sin deformaciones. Si Habermas subestima los aspectos irracionales de la comunicación, ya no se diga de la acción, sin duda ha aportado un modo de conceptualizar sus aspiraciones racionales. Sus intentos sistemáticos por identificar formas de argumentos y criterios para alcanzar una justificación convincente muestran cómo se pueden combinar los postulados racionales y el reconocimiento de los argumentos supraempíricos. Entre el discurso racionalizante de Habermas y el discurso arbitrario de Foucault, yace incómodo el campo mismo del discurso de la ciencia social.

Se debe a la centralidad del discurso que la teoría en la ciencia social sea tan multivalente y que los esfuerzos compulsivos (como en Wallace, 1983) por seguir la lógica de la ciencia natural sean tan erróneos.<sup>6</sup> Los seguidores del positivismo advierten la tensión existente entre dicha concepción multivalente y su punto de vista empirista. A fin de resolverla intentan privilegiar la "teoría" por encima de lo que denominan peyorativamente la "metateoría" (Turner, 1986), y a menudo tratan de excluir totalmente la teoría en favor de una "explicación" concebida de manera estrecha (Stinchcombe, 1968). Sin embargo, estas distinciones más parecen intentos utópicos de escapar de la ciencia social que esfuerzos por entenderla. El discurso generalizador es central, y la teoría es inherentemente multivalente. Si la ciencia social pudiese proseguir una estrategia por completo explicativa, ¿por qué un empirista declarado como Stinchcombe iba a sentirse obligado a defender el empirismo por medio de la argumentación discursiva? La sustancia de los argumentos de Stinchcombe (1968, 1978) es racionadora; su meta estriba en convencer mediante la coacción de la lógica general.

### **Sobredeterminación por la teoría y subdeterminación por el hecho**

La omnipresencia del discurso, así como las condiciones de su

<sup>6</sup> No se trata sólo de que Wallace, quien aporta la más clara ejemplificación reciente de este punto de vista, esté equivocado, al forzar la teoría de la ciencia social en el modelo de la natural; sino que confunde una reconstrucción lógica de cómo "debería" proceder la ciencia natural, con un mapa de cómo se produce efectivamente la ciencia bien hecha. Esta estrategia de reconstrucción se inició con la ambición filosófica de los positivistas lógicos de Viena, con la intención de eliminar las ideas especulativas y no empíricas del pensamiento filosófico. Cualesquiera sean sus méritos filosóficos, que son reales aunque limitados, no se debe creer que ésta proporciona las bases de la práctica científica misma. Los científicos practicantes nunca han entendido su propio trabajo en estos términos, ni en los de Popper, para el caso, lo que ha constituido uno de los máximos estímulos al desarrollo de las perspectivas pospositivistas en torno a la naturaleza de la ciencia natural. El presente ensayo procede en este espíritu; es un intento por comprender lo que es en realidad la teoría de la ciencia social, y no lo que algunos de sus críticos consideran que debería aspirar a ser. Todo programa crítico de la teoría sociológica debe llevarse a cabo en la aceptación de su carácter distintivo. En términos de la discusión reciente sobre filosofía moral y política (por ejemplo, Williams, 1986; Walzer, 1987), se trata de una posición internalista, en comparación con la más abstracta y externa asumida por los críticos de la "lógica de la ciencia", empiristas de la sociología.

origen, contribuyen a la sobredeterminación de la ciencia social por la teoría y a su subdeterminación por lo que se considera el dato. No existe referencia clara e indiscutible sobre los elementos que componen la ciencia social: definiciones, conceptos, modelos o "datos". Por ello, no hay posibilidad de traslación nítida entre los diferentes niveles de generalidad. Las formulaciones en un nivel no se ramifican con perfecta distinción hacia los otros niveles del interés científico. Por ejemplo, en tanto que en ocasiones es posible establecer las medidas empíricas precisas de dos correlaciones variables, pocas veces resulta posible que dicha correlación demuestre o refute una proposición acerca de esta interrelación, formulada en términos más generales. La razón es que la existencia del disenso empírico e ideológico permite a los científicos sociales hacer operativas las proposiciones en una variedad de formas diferentes.<sup>7</sup>

Considérense, por ejemplo, dos de los más serios esfuerzos recientes por pasar de los datos hacia una teoría más general. En un intento por someter a prueba su nueva teoría estructural, Blau empieza con una proposición que denomina teorema de la dimensión; se trata de la noción de que una variable puramente ecológica, la dimensión del grupo, determina las relaciones externas de éste (Blau, Blum y Schwartz, 1982, p. 46). A partir de un conjunto de datos que establecen no sólo la dimensión de un grupo sino su tasa de endogamia, sostiene (p. 47) que la relación descubierta entre las tasas de casamiento en el interior del grupo y la dimensión de éste, verifica el teorema de la dimensión. ¿Por qué? Porque los datos revelan que "la dimensión del grupo y la proporción de exogamia guardan una relación inversa". Pero la exogamia es un dato que, de hecho, no hace operar las "relaciones externas al grupo". Se trata de un tipo de relación exterior al grupo entre muchos otros, y como el propio Blau lo reconoce en cierto punto de su argumentación, es un tipo en el que entran otros factores además de la dimensión del grupo. En otras palabras, la relación externa del grupo no tiene un referente claramente definido. Por este motivo, la correlación entre lo que se considera su indicador y la dimensión del grupo no pueden

<sup>7</sup> Para una poderosa demostración de la inevitabilidad de la indeterminación empírica, relacionada con una acusación histórica en contra de los orígenes de las tradiciones cuantitativas contemporáneas, véase Turner, 1987.

verificar la proposición general sobre la relación entre la dimensión del grupo y las relaciones extragrupalas. Los datos empíricos de Blau están así desarticulados de su teoría, pese a su esfuerzo por vincularlos en una forma teórica decisiva.

En el ambicioso estudio de Lieberson (1980) sobre los inmigrantes blancos y negros a los Estados Unidos desde 1880, aparecen problemas parecidos. Lieberson parte del supuesto, menos formalmente formulado, de que la "herencia de la esclavitud" es responsable de los diferentes niveles de éxito logrados por los inmigrantes negros y europeos. A fin de hacer operativa esta proposición, Lieberson da dos pasos. Primero, define la herencia en términos de "falta de oportunidad" de los antiguos esclavos en vez de hacerlo en términos culturales. Luego, identifica la oportunidad en términos de los datos obtenidos sobre las tasas variables de educación y segregación residencial. Sin embargo, estas dos operacionalizaciones son muy discutibles. No sólo por el hecho de que otros científicos sociales pudieran definir la herencia de la esclavitud en términos muy diferentes —por ejemplo, culturales— sino que podrían concebir las oportunidades de otra manera que referidas a la educación y al lugar de residencia. Como, por tanto, no hay relación necesaria entre las tasas identificadas por Lieberson y las diferencias de oportunidad, no puede haber certeza de que sus datos demuestren la proposición más general referente al logro y a la herencia. La relación medida, desde luego, se sostiene por sí misma como contribución empírica. Empero, el resultado teórico más general, no aparece, porque la correlación no puede demostrar la teoría hacia la cual se orienta.

Resulta mucho más fácil encontrar ejemplos del problema contrario, la sobredeterminación de la teoría por los "datos" empíricos, ya que en prácticamente toda investigación teórica el muestreo de datos empíricos está abierto a discusión. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, tomemos por caso, Weber (1958; 1904-1905) establece una identificación entre el espíritu del capitalismo y los empresarios ingleses de los siglos XVII y XVIII, que ha sido ampliamente analizada. Si los capitalistas italianos de las primeras ciudades-Estado modernos se conciben como manifestaciones del espíritu capitalista (por ejemplo, Trevor-Roper, 1965), entonces la correlación de Weber entre capitalistas y puritanos se basa en una muestra restringida que su

teoría no logra sustentar. En la medida en que esto sea cierto, los datos empíricos de Weber fueron sobreseleccionados por su referencia teórica a la ética protestante.

En el célebre trabajo de Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution* (1959), hallamos una distancia parecida entre la teoría general y el indicador empírico. Smelser sostiene que los cambios en las divisiones de las funciones familiares, y no las revueltas industriales *per se*, fueron causantes de las protestas radicales de los trabajadores ingleses en la década de 1820. En su narración histórica, Smelser describe los cambios fundamentales en la estructura familiar como ocurridos en el orden por él señalado. Sin embargo, sus presentaciones más técnicas de datos de archivo (Smelser, 1959, pp. 188-199), parecen indicar que estas perturbaciones familiares no se dieron sino hasta una o dos décadas después de iniciadas las disputas industriales importantes. El interés teórico de Smelser en la familia sobredeterminó la presentación de sus datos en su historia narrativa, así como sus datos técnicos, de archivo, subdeterminaron a su vez su teoría general.<sup>8</sup>

En el esfuerzo más reciente de Skocpol (1979) por documentar una teoría histórica y comparativa, se ejerce el mismo tipo de sobredeterminación por una teoría muy diferente. Skocpol (p. 18) trata de asumir un "punto de vista impersonal y no subjetivo" respecto de las revoluciones, que confiere significado causal sólo a "las situaciones y relaciones de los grupos institucionalmente determinados". Busca los datos empíricos de la revolución y el único *a priori* que reconoce es su compromiso con el método comparativo (pp. 33-40). Sin embargo, Skocpol reconoce, en diversos momentos, que la cultura política local y los derechos tradicionales desempeñan un papel (por ejemplo, pp. 62, 138), y que el liderazgo político y la ideología deben considerarse, por brevemente que sea (pp. 161-173). Al hacerlo, la sobredeterminación teórica de su información se hace patente. Sus preocupaciones estructurales le han conducido a excluir de

<sup>8</sup> Da fe de lo concienzudo de Smelser como investigador histórico que él mismo presenta información, digámoslo así, que rebasa su propia teoría (Walby, 1986). No se trata del caso general, ya que la sobredeterminación de la información por la teoría suele hacer invisible la información compensadora, no sólo para los propios científicos sociales sino a menudo hasta para sus críticos.

su presentación información importante, sobre la totalidad del contexto intelectual y cultural de la revolución.<sup>9</sup> Como esta información contraria no existe, Skocpol puede proceder a interpretar los factores subjetivos que menciona brevemente en una forma determinantemente estructuralista.

La subdeterminación empírica de la teoría y la sobredeterminación teórica de los datos van de la mano, y se les halla dondequiera. El resultado es que, desde las afirmaciones fácticas más específicas hasta las generalizaciones más abstractas, la ciencia social es en esencia discutible. Toda conclusión empírica está abierta a argumentación por referencia a consideraciones supraempíricas, y toda formulación general se puede discutir por referencia a "datos empíricos" no explicados.

De esta manera, toda afirmación de la ciencia social está sujeta a la exigencia de justificación con referencia a principios generales.<sup>10</sup> Los argumentos contra la obra de Blau no requieren limitarse a la demostración empírica de que las consideraciones estructurales sólo son una entre muchas determinantes de la exogamia; se puede, en cambio, demostrar que el establecimiento mismo de la causación puramente ecológica reposa en supuestos en torno a la acción, que son de índole exclusivamente instrumental. Al tomarse en consideración el trabajo de Lieberson se puede clasificar de forma parecida el asunto empírico referente a la relación entre educación y oportunidad objetiva. En cambio, mediante la argumentación discursiva se puede sugerir que el enfoque exclusivo de Lieberson en la herencia de la esclavitud, así como la manera en que lo hace operar en términos puramente estructurales, no sólo refleja una posición ideológica *a priori* sino un compromiso con modelos estrictamente conflictuales de la sociedad. El trabajo de Smelser se puede criticar discursivamente al poner en tela de juicio su adecuación lógica o mediante la crítica al exceso de énfasis en la internalización de los valores familiares de los primeros modelos funcionalistas. El

<sup>9</sup> Sewell (1985) ha demostrado de manera enérgica este vacío en la información de Skocpol en el caso francés.

<sup>10</sup> Se puede considerar la versión específicamente de ciencia social sobre la tematización que, según Habermas (1984) debe subyacer a todo esfuerzo de argumentación racional.

argumento de Skocpol también se puede evaluar sin referencia al material empírico sobre las revoluciones. Podría demostrarse, por ejemplo, que ella malinterpreta las “teorías voluntaristas de la revolución” —que constituyen su objetivo polémico—, como teorías individualistas que plantean el conocimiento racional en torno a las consecuencias de la acción.

Argumentar de este modo es comprometerse en un discurso, no dar una explicación. Como ha recalcado Seidman (1983, de próxima aparición), el discurso no implica abandonar los reclamos de verdad. La exigencia de verdad no necesita limitarse al criterio de la validez empírica verificable. Cada tipo de discurso está integrado con criterios específicos de verdad. Éstos rebasan la suficiencia empírica de las afirmaciones sobre la naturaleza y consecuencias de los supuestos, la formulación y suficiencia de los modelos, las consecuencias de las ideologías, las metaimplicaciones de los métodos y las connotaciones de las definiciones. En la medida en que se haga explícita esta exigencia del discurso, el mismo puede considerarse como un esfuerzo por racionalizar y sistematizar lo que suele ser la complejidad apenas intuida del análisis social y de la vida social. Las discusiones actuales entre las metodologías interpretativas y causales, las concepciones utilitarias y normativas de la acción, los modelos sociales del equilibrio y del conflicto, las teorías radicales y conservadoras del cambio, constituyen discusiones discursivas y no, en primera instancia, explicativas. Reflejan los esfuerzos de los sociólogos por articular los criterios para evaluar la “verdad” de diferentes dominios no empíricos.

No sorprende que la respuesta de esta disciplina a obras importantes se parezca tan poco a las respuestas nítidas y bien delimitadas señaladas por los defensores de la “lógica de la ciencia”. La obra de Skocpol, *States and Social Revolutions*, tomemos por caso, se ha evaluado en todos los niveles del continuo sociológico. Los supuestos de este trabajo, su ideología, modelo, método, definiciones, conceptos y, aun sus datos, se han aclarado, discutido y elogiado en su momento. Están en discusión los criterios de verdad empleados por Skocpol para justificar sus posiciones en cada uno de dichos niveles. Muy poco de la respuesta sociológica a este trabajo ha incluido la verificación controlada de sus hipótesis o el reanálisis de su información. Las decisiones en torno a la validez del enfoque estructural de Skoc-

pol sobre la revolución, sin duda no se resolverán en esos términos.<sup>11</sup>

En la siguiente sección se verá que una gran parte de la historia sociológica reciente se puede interpretar en términos de la perspectiva recién presentada. Trataré de mostrar que el auténtico valor de estos desarrollos recientes deben ser considerados ante todo prioritariamente en términos discursivos.

### **Formaciones discursivas de la posguerra**

Por ser discursiva, la sociología puede avanzar en un sentido estrecho empírico, sin ningún movimiento claro de avance en términos teóricos más generales. Los argumentos discursivos y los criterios racionales implícitos en los mismos sólo son obligatorios de manera subjetiva. Se aceptan por razones ortogonales a la comprobación empírica. Es otra forma de decir que la ciencia social fluye en el seno de escuelas y tradiciones. Este fluir se asemeja al movimiento de una conversación más que al avance de una comprobación racional. Avanza y retrocede entre formas de ver, limitadas y profundamente arraigadas. Se parece más a un péndulo que a una línea.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Existen implicaciones de gran alcance sobre esta perspectiva discursiva de la ciencia social que no podremos abordar aquí. Entre las más importantes está la que explica por qué los clásicos siguen teniendo importancia central en la estructura y argumentación de la ciencia social. Los discursos que no son estrictamente fácticos deben adjudicarse por referencia a las normas ampliamente disponibles a través de la disciplina y que no suelen articularse de manera formal. A fin de satisfacer esta necesidad, las disciplinas vuelven "clásicas" a una serie de obras selectas. Sin embargo, el universo entre el que pueden elegirse estas obras clásicas depende del logro intelectual. Mientras más se aparta uno de la ciencia natural, más se convierten en temas explícitos de discusión los criterios de verdad discursivos, y más dependen de las cualidades intelectuales (genio personal, sensibilidad, etc.), las formulaciones decisivas sobre la verdad racional, que no son progresivas en sentido empirista. Fue debido a que aceptó el modelo de la ciencia natural que Merton (1967) negó la centralidad de los clásicos. Desde una perspectiva discursiva en la ciencia social, no obstante, esta distinción entre la historia y la sistematicidad de la sociología no se puede sostener. Hemos discutido el papel de los clásicos en un trabajo complementario del presente (Alexander, 1987a), cuyos conceptos se han tomado para esta sección.

<sup>12</sup> Esta metáfora de la conversación ha sido también utilizada por Rorty: "Si consideramos que conocer no tiene una esencia, para ser descrita por científicos o filósofos, sino como un derecho de acuerdo con estándares comunes, a creer, entonces estamos bastante adelantados en el camino de considerar la conversación como el contexto último

Si se piensa en la teoría sociológica elaborada desde la segunda guerra mundial se puede apreciar el funcionamiento de dicho péndulo. La separación entre las teorías de la acción y las estructurales, que ha marcado (aproximadamente) los últimos 25 años, no surgió en un vacío histórico. Todo punto del movimiento de un péndulo responde al movimiento precedente.

El discurso sobre la acción *versus* la estructura surgió en reacción al trabajo estructural-funcionalista de Parsons. Parsons se propuso poner fin, de una vez por todas, a las “escuelas rivales”. En su reflexión sobre el individuo intentó reunir idealismo y materialismo en la teoría de los sistemas, la acción voluntarista y la determinación estructural. Empero, aunque en su aspecto crítico constituye la teoría general más elaborada y de mayor alcance hasta hoy concebida, el trabajo de Parsons no logró su propósito. El problema fue en parte teórico, porque Parsons en realidad no llevó a cabo su síntesis de manera pareja (Alexander, 1983b). A la vez que reconoció la acción contingente, se interesó más en la individualidad socializada; si bien concluyó formalmente las estructuras materiales, dedicó mucho más tiempo a teorizar sobre el control normativo. Se dieron asimismo razones sociológicas en este fracaso de Parsons. En efecto, como los conceptos que Weber denominó los controladores de la historia, las características teóricas de la obra de Parsons ofrecen las vías por donde pueden transitar las preocupaciones ideales y ma-

dentro del cual debe entenderse el conocimiento” (1979: 389). Es característico de Rorty utilizar esta metáfora para negar la relevancia de perseguir ya sea la verdad empírica o la teoría general, defendiendo más bien una especie de historiografía filosófica: “Nuestro enfoque pasa de la relación entre los seres humanos y los objetos de su investigación a la relación entre estándares alternativos de justificación y de ahí a los cambios efectivos en esos estándares que constituyen la historia intelectual” (*ibid*; 389-390).

Si la ciencia social es una conversación, entonces es necesario prestar atención a los estándares alternativos de justificación. Esto no necesita, sin embargo, una disminución del interés en los “objetos” empíricos de la ciencia social o la adopción de una aproximación puramente histórica —en vez de sistemática o fundacional— a considerar lo que estos estándares implican. Rorty también es bastante ambiguo al respecto, como lo es en muchos otros. En un ensayo posterior (1984) insiste, en contra de los adversarios de la reconstrucción racionalista, de que “debemos imaginar conversaciones entre nosotros... y los muertos poderosos [los filósofos] para poder asegurarnos de que ha habido un progreso racional en el curso de la historia escrita” (1984: 51). En relación a filósofos anteriores, él (p. 53) defiende “encontrar cuanta verdad ellos conocían” y apoyar “esas empresas” a pesar de que son históricamente anacrónicas. Quizás no hay un hiato tan grande entre los intentos posempíricos y fundacionales para establecer evaluaciones racionales después de todo. Esto es ciertamente lo que defiende aquí.

teriales de las respectivas escuelas y tradiciones teóricas. El pensamiento individualista y el estructuralista están profundamente atrincherados en el desarrollo histórico de las ciencias sociales; haría falta algo más que una elaborada formulación teórica —incluso una capaz de mantener su síntesis con mayor consistencia— a fin de desplazarlos.

Así pues, si bien el pensamiento funcionalista de Parsons inauguró nuevas rutas para la teoría y la investigación en el periodo de posguerra, el péndulo debía regresar. Surgió una vigorosa teorización que destapó la caja negra del orden contingente. Se sucedieron brillantes reformulaciones del pensamiento pragmático, económico y fenomenológico. La nueva tendencia, la macro, se oponía a la idealización de la acción en Parsons. Volviendo a Marx y a la corriente instrumental del pensamiento weberiano, la teoría “estructural” desarrolló nuevas y vigorosas versiones en la macrosociología.

No pretendo negar que estos movimientos posfuncionalistas adoptaron a menudo una forma decididamente empírica, o que los contemporáneos con frecuencia se convencieron en virtud de los nuevos hechos revelados y las explicaciones más vigorosas obtenidas. La interacción simbólica y la etnometodología significaron una innovación en la investigación de la desviación, el comportamiento colectivo y los papeles sociales. Además, la polémica metodológica vinculada a estos estudios convenció a muchos sociólogos de que los enfoques individualistas y naturalistas permitían un mayor acceso a la realidad. El estructuralismo elaboró también formulaciones empíricas convincentes en campos como la estratificación, la modernización y el cambio social, así como en las metodologías histórica y comparativa de tendencias más concretas.

Sin embargo, cabe señalar que el éxito de estos movimientos posfuncionalistas no se basó en tales aseveraciones empíricas. En primer lugar, dichas formulaciones no fueron en sí mismas puramente empíricas. Estaban inmersas en, y por tanto constituían importantes expresiones de formulaciones más generales de tipo supraempírico. Además estos vigorosos compromisos teóricos no eran latentes sino manifiestos; como tales, se convirtieron en el foco principal del movimiento posfuncionalista. En otras palabras, los posfuncionalistas no sólo se enfrascaron en los estudios empíricos, sino en innumerables disputas teóricas muy

generalizadas. Estos debates se hallaban omnipresentes; entraban en el trabajo empírico más ostensible. El movimiento representado por las distintas corrientes posfuncionalistas, en suma, arraigó tanto en el discurso como en la explicación; frente a la teoría de Parsons, y también entre ellas, cada posición se justificaba por medio de la argumentación y no simplemente de procedimientos empíricos de verificación o de refutación.

A continuación abordaré los presupuestos de cada una de estas perspectivas sobre la naturaleza de la acción individual y los orígenes del orden colectivo. Intentaré señalar lo que los contemporáneos encontraron particularmente interesante en torno a dichos supuestos, pese a que cada tradición conceptualizó la acción y el orden de una manera claramente parcial y limitada. Así, no voy a analizar la argumentación discursiva sino a involucrarme en ella. Me propondré demostrar cuáles son estas limitaciones unilaterales y sugerir que las mismas se podrán superar en principio por medio de un modelo más sintético.

### **Presuposiciones y dilemas teóricos**

Por supuesto (Alexander, 1982a; 1987b) aludo a los postulados más generales que los sociólogos utilizan al enfrentarse con la realidad. Toda teoría social y todo trabajo empírico plantean posiciones *a priori* que permiten a los observadores organizar, utilizando las categorías más simples, los datos sensibles que ingresan en sus mentes. Sólo sobre esta base se puede llevar a cabo una manipulación más consciente, que constituye el pensamiento racional o científico. Los supuestos son sujetos del discurso, y en ocasiones incluso se les justifica discursivamente. Sin embargo, en su mayor parte se originan en los procesos que preceden al ejercicio mismo de la razón.

Tal vez lo más obvio que deban suponer los estudiosos de la vida social en sus contactos con la realidad social sea la naturaleza de la acción. En la era moderna, al pensar sobre la acción, se piensa en si es racional o no. No me refiero a la igualación simplista entre racional y bueno e inteligente, e irracional y malo e idiota. En la ciencia social moderna esta dicotomía atañe a si la gente es egoísta (racional) o idealista (no racional), normativa y moral (no racional) o instrumental y estratégica (racio-

nal), si actúa en pos de optimizar su eficiencia (racionalmente) o si se deja gobernar por emociones y deseos inconscientes (no racionalmente). En términos de las orientaciones empíricas, desde luego, las descripciones recién expuestas de la acción racional y la no racional, difieren entre sí en formas específicas e importantes. Sin embargo, en la práctica teórica estas orientaciones han dado lugar a dos tipos ideales. En la historia de la teoría social estos tipos ideales de lo racional y lo no racional han delimitado tradiciones teóricas distintas y una argumentación discursiva de índole más polémica.<sup>13</sup>

¿Cómo definir estas tradiciones en términos que sobrepasen pero no violen las distinciones más finamente matizadas en que se basa cada una, de modo tal, tomemos por caso, que las teorías moralistas y las emocionalistas se puedan considerar, ambas, como parte de la tradición "no racionalista"? La respuesta es decepcionantemente simple, estriba en ver la dicotomía, relacionada con lo interno *versus* la referencia externa a la acción (Alexander, 1982a, pp. 71-79). Los enfoques racionalista o instrumental presentan a los actores como caracterizados por fuerzas externas a sí mismos, en tanto que las perspectivas no racionalistas sugieren que la acción es motivada desde el interior. Es posible, en principio, suponer que la acción es racional y no racional, pero asombra en la historia de la teoría social las pocas ocasiones en que se ha establecido esta interpenetración.

No obstante, responder a la pregunta central en torno a la acción, no es suficiente. También es preciso postular una segunda e importante cuestión. Se trata del célebre "problema del orden", si bien lo voy a definir de modo un tanto diferente de la forma tradicional. Los sociólogos son sociólogos porque creen que existen patrones en la sociedad, estructuras en cierto modo separadas de los actores que las componen. Empero, aunque todo sociólogo cree en la existencia de dichos patrones, a menudo discrepan entre sí, profundamente, en cuanto a cómo se produce dicho orden. De nueva cuenta, enfocaré estas discrepancias en

<sup>13</sup> La afirmación de que lo racional y lo no racional de hecho han dado forma a tradiciones muy distintas en la historia del pensamiento social ha sido formulada por una serie de autores diversos, por ejemplo: Parsons (1937), Hughes (1958) y Habermas (1971).

términos de tipos ideales dicotómicos porque justamente este antagonismo ha caracterizado a la historia empírica y discursiva del pensamiento social (Ekeh, 1974, y Lewis y Smith, 1980). Esta dicotomía se refiere a la oposición entre las posturas individualista y colectivista.

Los pensadores que postulan una posición colectivista encuentran que los patrones sociales existen con prioridad a todo acto individual específico, en cierto sentido como producto de la historia. El orden social enfrenta a los individuos recién nacidos como un hecho establecido fuera de éstos. Si ha de evitarse la confusión suscitada por las primeras formulaciones de Durkheim (1937; 1895), y si, por otra parte, también se desea evitar la necesidad de "corregir" los errores de este autor mediante el desarrollo de justificaciones discursivas igualmente parciales,<sup>14</sup> se deben introducir en seguida ciertos límites a esta definición de colectivismo. Al escribir acerca de los adultos, los colectivistas pueden admitir que el orden social existe tanto en el interior del individuo como fuera de él; se trata, de hecho, de un requisito importante sobre el que hemos de volver. Sin embargo, ya sea que se conceptualice como interno o externo al actor, la posición colectivista no considera el orden como producto de consideraciones totalmente inmediatas, del momento actual. De acuerdo con la teoría colectivista, cada actor individual se ve impulsado hacia estructuras preexistentes; si esta dirección es una mera probabilidad o un destino predeterminado depende del refinamiento de la postura colectivista, que abordaremos más adelante.

Las teorías individualistas admiten a menudo la existencia de estructuras extraindividuales en la sociedad, y reconocen sin duda que existen patrones inteligibles. Sin embargo, insisten en que dichos patrones son producto de la negociación individual. Creen que la estructura no está simplemente "portada" por los individuos, sino que es producida por los portadores en el curso de sus interacciones individuales. El supuesto estriba aquí en que los individuos son capaces de alterar los fundamentos del orden en cada momento del tiempo histórico. Según este parecer, los

<sup>14</sup> La posición de Giddens está marcada precisamente por una exagerada reacción de este tipo contra la errónea lectura común de Durkheim (ver Giddens, 1976). Esta reacción le ha conducido a una postura en exceso individualista sobre el punto tocante al orden.

individuos no llevan el orden en su interior. Más bien acatan o se rebelan contra el orden social de acuerdo con sus deseos individuales —aun en favor o en contra de los valores que sostienen en su interior.

Más adelante abordaremos, una vez más, la posibilidad de combinar algunos elementos de esta posición contingente, con un énfasis más colectivista. Lo que deseo destacar ahora es que los problemas de la acción y el orden no son opcionales. Toda teoría debe asumir una posición con respecto a ambos. Las permutaciones lógicas entre estas presuposiciones constituyen las tradiciones fundamentales en la sociología. Como tales, forman los ejes más importantes en torno a los cuales gira el discurso en la ciencia social.

Los presupuestos son tan centrales al discurso debido a que tienen implicaciones que rebasan ampliamente el interés explicativo recién definido. Los estudios sobre la sociedad giran alrededor de los problemas de la libertad y el orden, y toda teoría establece una tensión entre estos polos. Los hombres y mujeres modernos creen que los individuos tienen libre albedrío y que, merced a esta capacidad, se puede confiar en que los individuos sean responsables. En cierto sentido, esta creencia se ha institucionalizado en las sociedades occidentales. Los individuos han sido colocados aparte, como unidades políticas y culturales privilegiadas. Se han realizado complejos esfuerzos legales a fin de protegerlos del grupo, del Estado, así como de otros órganos de coerción tal como una Iglesia establecida.

Los teóricos de la sociología, individualistas o colectivistas, pueden estar tan comprometidos con la autonomía individual como cualquier otro ciudadano. De hecho, la sociología surgió como disciplina a raíz de la diferenciación del individuo en la sociedad, pues fue la independencia del individuo y el desarrollo de sus poderes para pensar libremente en torno a la sociedad lo que permitió a ésta ser concebida como objeto independiente de estudio. Es la independencia del individuo lo que vuelve problemático el orden, y lo problemático del orden hace posible la sociología. Al mismo tiempo, los sociólogos reconocen que la vida cotidiana del individuo presenta patrones. Esta tensión entre libertad y orden aporta la justificación intelectual y moral de la sociología. Los sociólogos exploran la naturaleza del orden social y justifican discursivamente las posiciones asumidas res-

pecto de este problema, por estar profundamente interesados en sus implicaciones para la libertad individual.

Las teorías individualistas resultan atractivas y vigorosas porque defienden la libertad individual de forma abierta, explícita y a fondo. Sus postulados *a priori* suponen la integridad del individuo racional o moral, dando por hecho la capacidad de los actores de proceder libremente frente a sus situaciones, definidas éstas en términos materiales o culturales. Por esta convergencia natural entre el discurso ideológico y el explicativo, el individualismo ha constituido una vigorosa corriente del pensamiento moderno.

La teoría social surgió del largo proceso de secularización y rebelión contra las instituciones jerárquicas de la sociedad tradicional. En el Renacimiento, Maquiavelo hizo hincapié en la autonomía del príncipe racional para rehacer su mundo. Los teóricos ingleses del contrato, como Hobbes y Locke, rompieron con las restricciones tradicionales al desarrollar un discurso que sostiene que el orden social depende de la negociación individual y, así, de un contrato social. Algunos de los principales pensadores de la Ilustración francesa siguieron esta misma vía. Cada una de estas tradiciones individualistas es poderosamente racionalista. A la vez que subrayan diversas clases de necesidades individuales —poder, felicidad, placer, seguridad— reflejan una sociedad surgida de las elecciones de los actores racionales. El puente conceptual crucial entre estas tradiciones y la teoría contemporánea en las ciencias sociales es el utilitarismo, en particular la economía clásica, cuya teoría de la regulación invisible del mercado aportó una elegante explicación empírica de la forma en que se suman las decisiones individuales para formar las sociedades.<sup>15</sup> Actualmente las justificaciones centrales de los

<sup>15</sup> En su sutil ensayo sobre los orígenes de la moderna teoría económica, Hirschman (1977) ha mostrado que las teorías sobre el contrato, con acento en el intercambio en el mercado, surgieron como parte de una lucha contra el arbitrario poder de déspotas y reyes. Sin embargo, sugiere también que en sus primeras etapas, por ejemplo en la obra de Montesquieu, estas teorías del contrato tuvieron una inclinación en gran medida social y a menudo normativa y sentimental, puesto que dichos intercambios en interés propio se suponía que habrían de civilizar a los apasionados y a menudo destructivos instintos humanos. La justificación inicial de este prototipo de teoría individualista y racionalista fue claramente cultural y colectiva. Sin embargo, conforme se desarrolló, la teoría del mercado se volvió de orientación más puramente materialista, y se descartó la noción de que los intercambios contractuales tuviesen relación alguna con motivacio-

modos racionalistas de la teoría individualista se extraen de un discurso cuasi-económico.

Las teorías individualistas, desde luego, también se han revestido con una forma no racional. En contraposición a la Ilustración y en rechazo al utilitarismo, el romanticismo inspiró teorías sobre el actor apasionado (por ejemplo, Abrams, 1971), desde Wundt hasta Freud. En su versión hermenéutica, desde Hegel (Taylor, 1975) a Husserl y el existencialismo (Spiegelberg, 1971), esta tradición antirracionalista asume una forma moral y a menudo cognoscitiva.

De modo que las ventajas de la posición individualista son numerosas. Empero, sólo se pueden lograr con un gran costo teórico. Esto se debe a que dichas teorías individualistas parten de una perspectiva por completo irrealista respecto del voluntarismo en la sociedad. Al rechazar radicalmente el poder de la estructura social, la teoría individualista a fin de cuentas no le hace ningún favor a la libertad. Fomenta la ilusión de que los individuos no necesitan a los demás o a la sociedad en su conjunto. También ignora el gran sostén que pueden proporcionar las estructuras sociales a la libertad. Son estos costos sobre los que se centra el discurso contra la teoría individualista.

Al reconocer la existencia de controles sociales, la teoría colectivista los puede someter a un análisis explícito. En este sentido, el pensamiento colectivista constituye una verdadera ganancia con respecto a la posición individualista, tanto en términos morales como teóricos. El problema estriba en si esta ventaja, a su vez, se ha logrado a un precio inadmisibles. ¿Qué se pierde con esta teoría colectivista? ¿Cómo se vincula la fuerza colectiva que postula con la voluntad individual, con la posibilidad de defender el voluntarismo y el autocontrol? A fin de resolver este problema decisivo hace falta hacer explícito en mi discurso un punto de vista, hasta aquí implícito. Los supuestos con respecto al orden no conllevan supuestos particulares sobre la acción. Debido a esta indeterminación, se dan tipos muy diversos de teorías colectivistas.

El hecho de que la teoría colectivista valga su costo, depende

---

nes subjetivas. Esto proporciona documentación histórica para la crítica que hago adelante, es decir, que todo el tema de la voluntad está eliminado en las teorías racionalistas e individualistas.

de que la misma presuponga la posibilidad de valores morales o expresivos, es decir que se dé una acción no racional. Muchas teorías colectivistas suponen que las acciones están motivadas por formas de racionalidad estrictas, técnicamente eficientes. De acuerdo con este supuesto, las estructuras colectivas deben presentarse como externas a los individuos y por completo indiferentes a su voluntad. Se dice que las instituciones políticas o económicas, tomemos por caso, controlan a los actores desde fuera, les guste o no. Esto se logra por medio de sanciones punitivas y recompensas positivas para los actores, reducidos éstos —cualquiera que sea la naturaleza específica de sus objetivos personales— a calculadores del placer y del dolor. Como se supone que estos actores responden racionalmente a esta situación externa, se eliminan sus motivos del interés teórico. Semejante teoría supone que la respuesta del actor se puede predecir del análisis puro del medio ambiente externo. Las teorías colectivistas racionales explican el orden mediante el sacrificio del sujeto. En efecto, prescinden de la noción misma de un ser autónomo. En la sociología clásica el marxismo ortodoxo presenta el ejemplo más notable de esta situación, y las implicaciones obligadas que rodean su discurso —como aparecen, por ejemplo, en las recurrentes referencias a la “dictadura del proletariado” y a las “leyes de la historia”— han suscitado gran controversia. Sin embargo, la misma tendencia a justificar un discurso sin sujeto, permea por igual a la teoría neoclásica con aspiraciones colectivas, como a la sociología de Weber, según lo demuestra la disputa en torno al estatus de la “dominación” en el corpus weberiano.

Si, por el contrario, la teoría colectivista permite que la acción sea no racional, percibe a los actores como orientados por ideales y sentimientos. Este ámbito interno de la subjetividad está inicialmente estructurado, cierto es, por los encuentros con los objetos externos: los padres, maestros, hermanos y libros. En el proceso de socialización, no obstante, dichas estructuras extraindividuales se tornan internas al ser. Sólo si se acepta este fenómeno de internalización se puede convertir la subjetividad en tema de la teoría colectivista. Según este parecer, la interacción individual se convierte en negociación entre dos “seres sociales”. Los peligros de dicha teoría son muy contrarios a los de las teorías colectivistas de corte más racionalista. Tienden a entablar una retórica moralista así como justificaciones idealis-

tas. Como tales, a menudo subestiman la tensión siempre presente, incluso entre el individuo socializado y su entorno social. Esta tensión, desde luego, resulta más patente cuando el teórico debe considerar un medio ambiente material, posibilidad que no se puede conceptualizar cuando la teoría colectivista se formula de manera unilateral y normativa.

En la siguiente discusión sobre el reciente discurso teórico, voy a centrarme sobre la forma en que los supuestos han modelado la discusión sociológica durante los últimos 25 años. Ellos, desde luego, han ejercido influencia aunque no se haya realizado esfuerzo alguno por justificarlos discursivamente. Sin embargo, las figuras centrales de estos debates buscaron dicha justificación. Es esto, sin duda, lo que los convirtió en teóricos importantes. Por medio del discurso, estos teóricos elaboraron postulados en torno al alcance e implicaciones de sus teorías, que fijaban los "criterios de verdad" en un nivel supraempírico. En esta sección he presentado mi propia concepción de lo que deben ser dichos criterios. Al aplicarlos al reciente debate teórico, a menudo estaré discutiendo frente a las exigencias de verdad de los principales participantes en estos debates. Se trata de la materia misma con que se constituye el discurso de la ciencia social.

### **Reconsideración de las teorías micro y macro**

Acaso se deba al enfoque metodológico y empírico que la abundante producción en la teoría individualista se haya considerado como un resurgimiento de la "microsociología".<sup>16</sup> Porque, en sentido estricto, micro y macro son términos muy relativos que aluden a relaciones parciales o totales en todos los planos de la organización social. Sin embargo, en el lenguaje de la ciencia social reciente se les puede identificar con la distinción entre tomar la interacción individual como enfoque empírico o tomar el sistema social entero como el enfoque empírico propio.

Cuando Homans (1958, 1961) presentó la teoría del intercam-

<sup>16</sup> Consultar a Alexander y Giessen (1987) para una perspectiva histórica sobre los cambios teóricos respecto al vínculo micro/macro, así como para una presentación más detallada y sistemática de los puntos analíticos implícitos. El presente ensayo contiene múltiples argumentos tomados de aquél.

bio, renovaba la posición utilitaria misma, la cual había constituido la base de la primera y más vigorosa crítica de Parsons (1937). Homans no sólo rechazó la tradición colectivista en la sociología clásica y contemporánea, sino también la tendencia interpretativa de la teoría individualista. Insistió en que las formas elementales de la vida social no son elementos extraindividuales, como los sistemas de símbolos, sino actores individuales de una inclinación exclusivamente racionalista. Se centró sobre lo que denominó comportamiento subinstitucional, la conducta de los “individuos reales” a los que consideró independientes de las normas socialmente especificadas. Los procedimientos merced a los cuales los individuos calculan, ocuparon la atención de Homans, al igual que el equilibrio entre la oferta y la demanda en el entorno exterior al actor. En la perspectiva racionalista de Homans, las fuerzas sociales incidentes en los actores sólo se pueden concebir de manera objetiva y externa.

La teoría del intercambio adquirió gran influencia en el resurgimiento de la defensa de la microsociología. Su modelo sencillo y elegante facilitaba las predicciones; su enfoque sobre los individuos la hizo empíricamente operativa. También logró captar una noción fundamental que Parsons y, de hecho, los teóricos colectivistas de toda índole habían ignorado: las “condiciones sociales objetivas” se articulan frente a la vida cotidiana de los individuos, las instituciones y los grupos a través de los actores individuales al tomar las decisiones sobre los costos del cambio contingente.<sup>17</sup> No obstante, el precio de haberse dado cuenta de esto fue elevado aun para los teóricos internos al propio paradigma. Homans (1961, pp. 40, 54-55), tomemos por caso, nunca logró definir el “valor” de una mercancía como no fuera de manera circular; se vio obligado a sostener que surgía de refor-

<sup>17</sup> Al explicar el éxito de la teoría del intercambio no hay que subestimar tampoco la fuerza y la elocuencia rimbombante de las justificaciones discursivas de Homans en su defensa. Este autor formuló inicialmente la teoría del intercambio (Homans, 1958) en una forma discursiva pura, en su conocido discurso como presidente de la Asociación Norteamericana de Sociología. En la introducción a su colección de ensayos (Homans, 1962), desarrolló nuevas modalidades de discurso biográfico e ideológico para justificar la teoría del intercambio. Su admirable dedicación al desarrollo de justificaciones discursivas para esta teoría sigue haciéndose patente en su reciente autobiografía (Homans, 1984), la cual —como hemos sostenido en otro sitio (Alexander, 1987c)— produce una serie de marcos no del todo exactos con los que se presenta la perspectiva del intercambio como inevitable psicológica, moral, científica e históricamente.

zar una orientación ya presente de antemano. Su concepto (1961, capítulo 12) de la justicia distributiva muestra debilidades similares; tuvo que referirse a la solidaridad irracional a fin de decidir cuál podría ser la definición de un intercambio equitativo.

Las otras vertientes principales de la microteoría han asumido la postura interpretativa. Blumer (1969) fue el teórico general más responsable del resurgimiento de la teoría de Mead, aunque la tradición que Blumer (1937) denominó "interaccionismo simbólico" asumió el pragmatismo sólo en su forma radicalmente contingente.<sup>18</sup> Blumer insistió en que el significado está determinado por la negociación individual, de hecho, por la reacción de los otros al acto del individuo. No se considera que el actor introduzca algún orden colectivo previamente definido. La importancia situacional inmediata, y no la internalización, es lo que define las actitudes. Los actores producen objetos, incluso a partir de sí mismos, por medio de la "autoindicación". El "yo" temporalmente arraigado del actor y no el "yo" más socialmente enfocado, es lo que determina el patrón del orden social descrito en la obra de Blumer.

A pesar de su vigor, la obra más influyente de Blumer fue casi por completo discursiva, en su forma; incluso en su aspecto programático, se centró aún más en promover la metodología de la observación directa que en elaborar conceptos teóricos. Es Goffman quien debe ser considerado como el teórico empírico más importante del movimiento interaccionista simbólico. Para la mayoría de los contemporáneos la obra de Goffman sólo surgió para imprimirle a la teoría interaccionista un giro más específico y teatral. No cabe duda de que sus primeros trabajos tienden a apoyar esta versión, en contraste con los rasgos claramente colectivistas emergentes en su trabajo teórico posterior. Goffman (por ejemplo, 1959) recalcó los deseos de los individuos de manipular la presentación de su identidad en oposición a los papeles socialmente estructurados, e intentó (1963) explicar el comportamiento institucional como producto de la interacción frente a frente.

<sup>18</sup> Lewis y Smith (1980) demuestran este punto vigorosa y sistemáticamente en su brillante reinterpretación de la historia de la teoría social pragmática en los Estados Unidos. A mi juicio, que la publicación de este trabajo suscitara tan acalorada polémica señala el peligro planteado por sus argumentos a las justificaciones discursivas del interaccionismo simbólico en su modalidad blumeriana.

La etnometodología, y el trabajo fenomenológico de manera más general, presenta una historia más compleja. Garfinkel no sólo estudió a Schutz sino también a Parsons, y su primer trabajo (1963) acepta la centralidad de la internalización. El autor exploró en esta obra la forma en que los actores se apropian de las normas sociales; investigó, pues, su “etno” metodología. Describió, subrayando el carácter fabricado de su acción, la forma en que por medio de técnicas cognoscitivas como el *ad hoc* (Garfinkel, 1967) los individuos conciben los acontecimientos contingentes y únicos como representaciones, o “índices”, de normas socialmente estructuradas. En este proceso —según mostró— dichas normas en realidad no sólo se especifican, sino se modifican y cambian.

Cuando la etnometodología se convirtió en movimiento teórico importante, se vio obligada a justificarse en forma general y discursiva. En este proceso sus conceptos se fueron haciendo más parciales. Al declararse comprometida con una sociología alternativa, la etnometodología puso el acento en “las prácticas propias de los miembros” por encima y frente a la estructura. La omnipresencia de las técnicas constitutivas, como la producción de índices (se afirmó entonces), debía tomarse como prueba de que el orden es por completo espontáneo, y la interminable práctica plena de recursos de la actividad ordenada llegó a identificarse (Garfinkel *et al.*, 1981) con el orden social mismo. El que esta clase de reducción individualista sea inherente, de algún modo, al enfoque fenomenológico queda desmentido, sin embargo, por otros rasgos surgidos de la escuela etnometodológica. El análisis conversacional (Sacks *et al.*, 1974), tomemos por caso, consideró al habla como sujeta a poderosas restricciones estructurales, si bien no conceptualizó dichas restricciones de manera sistemática.

Constituye sin duda una irónica prueba de la falta de acumulación lineal en la sociología, el que surgiera, concurrente a este resurgimiento de la microteoría, un movimiento de igual fuerza, compuesto de trabajos de carácter colectivista y macro, igualmente unilaterales. Este movimiento se inició cuando los “teóricos del conflicto” se justificaron al definir la obra parsoniana como “teoría del orden”. Igual que los nuevos microsociólogos, estos teóricos negaron la centralidad de la internalización, y el vínculo entre acción y cultura que implica ese concepto. Sin em-

bargo, en lugar de acentuar la conciencia individual como base del orden colectivo, los teóricos del conflicto separaron por completo el vínculo entre conciencia y procesos estructurales. Dahrendorf (1959) confirió a los puestos de poder administrativo el papel ordenador central. Rex (1961) hizo énfasis en el proceso económico de asignación que confiere poder a la clase dominante.

En tanto que los argumentos sobre el conflicto sin duda aportaron las justificaciones más sólidas a la teoría estructural en su fase inicial, el marxismo de Althusser y sus discípulos (Althusser y Balibar, 1968; Godelier, 1967) formuló el discurso más elaborado e influyente en su fase final. Sustentado en Spinoza así como en la moderna teoría lingüística y antropológica, este llamado marxismo estructuralista analizó los acontecimientos históricos como variaciones particulares, transformaciones y encarnaciones de los principios estructuralistas fundamentales. En vez de comenzar con la diversidad empírica y fenoménica de las acciones sociales y los mundos vitales, según recomendación de los microteóricos contemporáneos, estos estructuralistas marxistas dieron primacía ontológica y metodológica a la "totalidad". Si bien las acciones individuales se pueden desviar de los imperativos estructurales, las consecuencias objetivas de estas acciones están determinadas por estructuras existentes más allá del control del individuo.

Si bien igualmente determinista, este marxismo estructuralista es menos economicista que otras variantes. Puso énfasis en la mediación política de las fuerzas productivas en vez de su control directo (por ejemplo, Poulantzas, 1970). Este discurso sobre la mediación y la "sobredeterminación" estructural preparó el terreno para la teorización marxista con un matiz claramente weberiano. La economía política crítica, como en Offe (1984 [1972]) y O'Connor (1973), se centró en la función del Estado en la acumulación capitalista, e intentó derivar los problemas sociales y las crisis a partir de la "inevitable" intervención estatal.

Si bien las justificaciones discursivas más importantes de la nueva teoría estructural proceden de Europa, su influencia en Estados Unidos ha dependido de una serie de destacados argumentos en el nivel medio. El importante trabajo de Moore (1966) en torno a los orígenes de clase de las formaciones estatales aportó el mayor impulso a este esfuerzo, pese a ser mucho más clásicamente marxista que la obra estructuralista neoweberiana que le

siguió. La obra más impresionante posterior a la de Moore fue la de Skocpol (1979). Esta autora no sólo presentó lo que parecía ser una amplia y novedosa ley de gran fuerza para explicar las revoluciones, sino que entabló asimismo una discusión muy convincente contra las teorías subjetivas y voluntaristas de las revoluciones en nombre de la teoría estructuralista (véanse pp. 271-272). El análisis de las clases de Wright (1978) adopta el mismo tema antimicro, alegando que las ambigüedades en la conciencia de clase de un grupo proceden de las "ubicaciones de clase contradictorias". Treiman (1977) produjo de manera similar lo que denominó "teoría estructural del prestigio", que convierte el control cultural en organizador y niega todo papel causal independiente a las interpretaciones subjetivas de la estratificación. En otra obra más, también influyente, ya discutida (véanse pp. 269-270, antes), Lieberson (1980) coloca su explicación de la desigualdad racial en términos de este discurso altamente persuasivo. Identifica las "estructuras de oportunidad" con el medio material y justifica lo anterior descartando el énfasis sobre la voluntad subjetiva, considerándola conservadora e idealista.

### **El nuevo movimiento teórico**

Los esfuerzos por reformular la sociología como pura acción o disciplina de orientación estructural surgieron en respuesta a la frustración ante las promesas incumplidas del funcionalismo, y al desacuerdo fundamental con dichas promesas. En los años sesenta este desafío al funcionalismo produjo una sensación de crisis en la disciplina. A fines de los setenta los críticos habían triunfado y la sociología parecía asentarse, de nueva cuenta, en una suerte de plácida madurez, aunque más fragmentada. El discurso marxista permeaba la producción sociológica en Inglaterra y en Europa. En los Estados Unidos se formó una nueva sección marxista de la asociación nacional, y pronto se hizo de miembros, la mayoría procedentes de las secciones más antiguas. Siguieron nuevas áreas de sociología política e histórica y comparativa, y sus enfoques en gran medida estructuralistas, les merecieron una respuesta parecida. La teoría micro también adquirió enorme autoridad. Cuando apareció por primera vez la etnometodología se topó con el discurso que ponía en tela de juicio

su legitimidad fundamental y la descartaba como grotesca o corrupta (por ejemplo, Goldthorpe, 1973; Coleman, 1968, y Cosser, 1975). Hacia fines de los años setenta, sus justificaciones discursivas ya eran aceptadas por muchos de los teóricos más importantes (como Collins, 1981; Giddens, 1976), y tomadas en serio por casi todos los demás. La obra de Goffman pasó con mayor rapidez todavía de la polémica a convertirse en un clásico.

No obstante, aun cuando estos críticos alguna vez envanecidos se convirtieron en el nuevo *establishment*, pese a que el carácter "multiparadigmático" de la sociología pasó de una atrevida profecía (como en Friedrichs, 1970) a una sabiduría convencional (como en Ritzer, 1975), la fase vital y creativa de estos movimientos teóricos había terminado. En la década actual se ha iniciado una fase asombrosamente diferente de argumentación teórica. Estimulada por el fin prematuro de las tradiciones micro y macro, esta etapa está marcada por un esfuerzo renovado por vincular las teorías sobre la acción y la estructura. Este esfuerzo surge desde el seno de cada una de las nuevas tradiciones teóricas dominantes, desde ambos lados de la separación entre micro y macro.

Existen razones sociales institucionales así como intelectuales para este nuevo acontecimiento en el trabajo teórico. Un factor indudable es el cambio del ambiente político tanto en los Estados Unidos como en Europa. Los movimientos sociales más radicales se han desvanecido, y al parecer de muchos intelectuales críticos el marxismo mismo ha perdido legitimidad moral. Se ha desgastado el empuje ideológico que en los Estados Unidos nutrió el discurso posparsoniano, en sus variantes micro y macro, y que justificó el estructuralismo marxista en Europa. En los Estados Unidos, los una vez fervientes estructuralistas buscan hoy formas de utilizar el análisis cultural; y los anteriores sectarios de la etnometodología andan en busca de formas de integrar la teoría constructiva con la macro tradicional. En Alemania, Inglaterra y Francia, la nueva generación posmarxista ha recibido la influencia de la fenomenología y de la microteoría norteamericana. La migración de las ideas parsonianas a Alemania (Alexander, 1984), en lugar de renovar lo que hoy se considera una discusión obsoleta, ha inspirado nuevos esfuerzos de reintegración teórica.

También ha transcurrido el tiempo intelectual, transcurso do-

minado por las exigencias de la lógica teórica más que social. Las teorías unilaterales son provocadoras, y en ciertas coyunturas pueden resultar muy fructíferas. Sin embargo, una vez aplacado el polvo de la batalla teórica, el contenido cognoscitivo de su trabajo teórico no es fácil de sostener. El revisionismo constituye el signo más palpable del descontento teórico.<sup>19</sup> Quienes buscan mantener una tradición establecida son particularmente sensibles a esta debilidad, porque ellos han de hacer frente a las exigencias de justificación discursiva que se van acumulando en su inicio. En respuesta a tales características inmanentes, los discípulos y seguidores talentosos introducen revisiones *ad hoc* a la teoría original, y desarrollan modalidades nuevas y a menudo inconsistentes del discurso. El problema es que, a menos que se supere la tradición en su totalidad, esas revisiones terminan convertidas en categorías residuales. Sin embargo, los argumentos discursivos generados por la crítica tienen una consecuencia involuntaria. Destacan los puntos débiles de la tradición. Al hacerlo facilitan la apertura y los intercambios entre las tradiciones antes separadas.<sup>20</sup> El nuevo movimiento teórico de la sociología se hace patente mediante el estudio del revisionismo surgido en el seno de las tradiciones micro y macro.

Se han suscitado acontecimientos importantes, por ejemplo, en el interaccionismo simbólico. Aunque Goffman se inició más o menos en la tradición radicalmente contingente de Blumer, en sus últimos trabajos se hace patente un importante cambio hacia intereses más estructurales y culturales. Las estrategias creadoras de los actores siguen siendo el objetivo de Goffman (1974), pero ya las aborda como medio para ejemplificar las estructuras culturales y de estratificación en la vida cotidiana. De manera similar, en tanto que Becker inicialmente (1963) incidió en la teoría

<sup>19</sup> En otra parte hemos aplicado este concepto de revisionismo a las tradiciones clásica y parsoniana (Alexander, 1982b; 1983a; 1983b); a la obra de Kuhn (Alexander, 1982c). He estudiado el revisionismo en las tradiciones teóricas contemporáneas con mucho mayor detalle en Alexander, 1987b.

<sup>20</sup> Eisenstadt (Eisenstadt y Curelaru, 1976) fue uno de los primeros sociólogos en admitir la posibilidad de dichos entrecruzamientos. Como funcionalista esforzado por lograr nuevas formas de discurso teórico, pronto señaló intentos parecidos que estaban surgiendo en otras tradiciones. Sin embargo, como estaba comprometido con una concepción explicativa y básicamente empirista de la ciencia social, consideró estos esfuerzos como parte del progreso lineal de la sociología en vez de como una fase del movimiento pendular de una disciplina, tan discursiva como explicativa.

de la desviación, a partir de su énfasis en la contingencia y el comportamiento grupal, en su obra más reciente adopta una visión decididamente sistémica de la creatividad y sus consecuencias (Becker, 1984). En efecto, recientemente ha surgido un torrente de esfuerzos por parte de los interaccionistas simbólicos, encaminados a sistematizar los vínculos entre actores y sistemas sociales. Lewis y Smith (1980), tomemos por caso, han criticado las justificaciones discursivas fundamentales de la tradición, al alegar que Mead, supuesto fundador de la escuela, en realidad fue antinominalista colectivo más que individualista. Stryker (1980, pp. 52-54 y 57-76) ha llegado a presentar el interaccionismo como una modificación básica de la teoría de los sistemas sociales (ver también Handel, 1979; Maines, 1977; Strauss, 1978, y Alexander y Colomy, 1985).

En el modelo de acción racional reanimado por la teoría del intercambio de Homans, se pueden encontrar situaciones parecidas. Sus discípulos se sintieron presionados para demostrar que este polémico enfoque micro podía manejar los criterios de verdad generados por la macrosociología. En consecuencia, mudaron gradualmente el foco del análisis desde las acciones individuales hacia las transformaciones de éstas en efectos colectivos y, por extensión, a la actividad involuntaria más que deliberada. Así, Wippler y Lindenberg (1987), al igual que Coleman (1987) hoy rechazan la noción de que el vínculo entre las acciones individuales y los fenómenos estructurales se pueda considerar relación causal entre acontecimientos empíricos distintos. Porque existe, en cambio, simultaneidad empírica, el vínculo entre micro y macro debe ser analítico y estar sustentado en procesos invisibles dentro del sistema más amplio. Este vínculo analítico se logra mediante la aplicación de las "reglas de transformación", como los procedimientos de votación, a las acciones individuales.

Los teóricos se han visto conducidos por este enfoque en la transformación a considerar las acciones individuales no como objetos de análisis por sí mismos, sino como condiciones iniciales para la operación de los mecanismos estructurales. De esta manera, las explicaciones estructurales —en torno a las reglas de las constituciones (como Coleman, de próxima aparición), la dinámica de las organizaciones y las relaciones intergrupales (Blau, 1977), el sistema de asignación del prestigio (Goode,

1979)— han comenzado a sustituir los argumentos de utilidad en la tradición racionalista micro. También se ha producido una abundante teorización sobre los efectos involuntarios de las acciones individuales (Boudon, 1982 y 1987) y aun sobre la génesis de la moral colectiva (Ekeh, 1974; Kadushin, 1978, y Lindenberg, 1983).

Si bien Garfinkel, fundador de la etnometodología, sigue defendiendo un programa microrradical (Garfinkel *et al.*, 1981), y aunque el movimiento revisionista que va más allá de la teoría unilateral esté menos desarrollado aquí que en otras tradiciones micro, parece imposible negar que un malestar parecido y un movimiento similar permeen la sociología fenomenológica. Cicourel, tomemos por caso, sin duda una de las figuras clave en la fase anterior, recientemente ha buscado un enfoque más interdependiente y sintético (Knorr-Cetina y Cicourel, 1981). Un movimiento de “estudios sociales sobre la ciencia” de base fenomenológica, a la vez que defiende un enfoque nuevo sobre la ciencia, mucho más específico situacionalmente, se refiere a los efectos contextuadores de la estructura social (Pinch y Collins, 1984; Knorr-Cetina y Mulkay, 1983). Si bien Smith (1984) y Molotch (Molotch y Boden, 1985) han insistido en la autonomía indispensable de las prácticas constitutivas, recientemente han llevado a cabo importantes estudios que demuestran cómo estas prácticas están estructuradas por un contexto organizacional y por la distribución del poder. Estos nuevos esfuerzos fenomenológicos, cabe resaltar, no incluyen meros esquemas explicativos revisados; están comprometidos a fondo con formas nuevas de justificaciones discursivas, esfuerzos que pretenden incorporar los criterios de verdad de una obra más estructuralista (ver, por ejemplo, Schegloff, 1987).

Otros trabajos revisionistas parecidos marcan un nuevo movimiento que va más allá de los confines de la posición racional colectivista o estructuralista. En esta teoría siempre han existido abundantes contradicciones internas que, en todo caso, están más pronunciadas en la obra de los teóricos principales. Rex (1961, por ejemplo pp. 113-128), tomemos por caso, sostiene que entre las clases gobernante y dominada en algún momento se produce una tregua, que introduce un periodo de tranquilidad y la posibilidad de formas novedosas y más integradoras de socialización. Rex señaló, pero nunca explicó, por qué esto se evapora frente

a un nuevo e "inevitable" conflicto de clase, Siempre que Althusser trató de asegurar a sus lectores que frente a la autonomía relativa de los sistemas políticos e ideológicos siempre estaría la determinación económica "en última instancia" (Althusser, 1970), su teorización, por lo general precisa, se perdió en una opaca bruma metafísica. La insistencia de Skocpol (1979, pp. 3-15) en que las explicaciones no estructuralistas eran individualistas, nunca se justificó discursivamente, y la degradación que hace de la ideología revolucionaria una estrategia coyuntural, en vez de una causa sociológica (Skocpol, 1979, pp. 164-173), hace patente la debilidad de su argumentación aunque se mantenga la coherencia superficial.

Sin embargo, apenas recientemente se han manifestado estos rasgos de la lógica teórica merced a una revisión abierta y a los esfuerzos por incorporar modos discursivos de patente diferencia. En la parte norteamericana de la escuela estructuralista, Moore comenzó a escribir sobre las fuentes subjetivas más que estructurales de la debilidad de la clase obrera (Moore, 1978), así como sobre la sensación de injusticia de los proletarios más que de la injusticia objetiva en sí. Dado que el cambio en el tenor de la argumentación de Skocpol ha sido más rápido y teóricamente consciente, ejemplifica el nuevo movimiento teórico de manera más sugerente. En un esfuerzo por dar cuenta de la revolución iraní, Skocpol (1982) formuló por primera vez la posibilidad de que las causas religiosas fuesen comparables a las económicas y políticas. En un intento reciente de justificar su posición frente a los reclamos discursivos de un crítico cultural (Sewell, 1985), ha renunciado a parte importante del terreno discursivo, pese a su insistencia (Skocpol, 1985) en que las explicaciones culturales deben tener un enfoque realista y protoestructural.

En efecto, durante los últimos cinco años se ha dado un giro cultural extraordinario en lo que hasta fecha reciente era el dominio sin duda estructuralista de la historia social. Sewell y Hunt, antes devotos de la versión sociológica del conflicto, de Tilly, hoy son contrincantes de la sociología histórica en su forma estructural. Sus trabajos se han convertido en importantes fuentes de un discurso alternativo, de orientación mucho más cultural (Sewell, 1985; Hunt, 1987), y sus explicaciones sobre los cambios revolucionarios en la sociedad francesa se oponen de manera directa a los modelos estructurales y a las proposiciones

causales (Sewell, 1980; Hunt, 1984).<sup>21</sup> Darnton (1984), uno de los principales exponentes norteamericanos de la "cultura material" del *Annalist*, hoy ofrece criterios de interpretación para la verdad histórica y las reconstrucciones culturales del mito popular como historia. La "nueva historia social" surgió de su vinculación con la entonces nueva sociología estructuralista. Para muchos historiadores más jóvenes, esa historia hoy parece vieja y su definición de lo "social" demasiado restringida.

Los historiadores abrevian cada vez más en la antropología y ya no en la sociología.<sup>22</sup> En ese campo contiguo, la cultura y el significado han asumido un lugar cada vez más central, como dan fe la gran importancia de Geertz (1973), Turner (1969) y Douglas (1966). Tras este cambio en la antropología, desde luego, está el amplio renacimiento de los estudios sobre cultura concebidos de manera más general (por ejemplo, Alexander y Seidman, 1988). Este acontecimiento se sustenta en el renovado in-

<sup>21</sup> Otro ejemplo revelador del enfrentamiento entre la nueva historia de la cultura y la alguna vez nueva historia social, se puede encontrar en la relación entre las descripciones de Berenson y de Weber en torno al comportamiento de los campesinos en la Francia del siglo XIX. Weber, desde hacía ya mucho tiempo uno de los principales defensores de la historia social, pese a su posición política moderada, publicó una obra fundamental (1976) en la que sostuvo que la mentalidad atrasada y conservadora del campesinado francés se había transformado a fines del XIX como consecuencia del avance tecnológico y de los acontecimientos económicos. Berenson, políticamente más liberal y alineado más de cerca a los recientes movimientos intelectuales, reseñó el libro de Weber y lo criticó por su materialismo. La propia obra de Berenson (1984) sobre los orígenes de la revolución de 1848 destaca, por el contrario, el papel crítico de los campesinos y cómo su conciencia fue transformada por su participación en los movimientos cristianos radicales que abarcaron gran parte del campo francés a principios del XIX.

<sup>22</sup> Esta nueva preocupación por la teoría antropológica aparece reflejada en un número completo de la *American Historical Review*, dedicada al "estado de la historia". Publicado por Rabb y Rotberg, 1982, contiene una sección principal dedicada a la relación entre antropología —definida en términos culturales— e historia (ver los artículos de Bernard S. Cohen, John N. Adams, Natalie Z. Davis y Carlo Ginzberg, pp. 227-291). En el centro de esta relación se encuentra Clifford Geertz, cuya obra ha tenido enorme influencia en los Estados Unidos, en la historia sobre Europa y sobre la propia Unión Americana. Sewell pasó cinco años en el Institute for Advanced Study, donde Geertz es una figura preponderante. Darnton, miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton, impartió seminarios junto con Geertz durante varios años. Un importante académico joven dedicado a la historia de los Estados Unidos, Sean Wilentz, reconoce el papel central de Geertz en los seminarios del Davis Center (también en Princeton), de donde Wilentz (1985) obtuvo su reciente antología de ensayos históricos en torno a los ritos y el poder. Geertz, desde luego, fue discípulo de Parsons, y aunque su trabajo se ha vuelto mucho más culturalista desde entonces, su prominencia contemporánea aporta una prueba más de que el discurso de la ciencia social ha regresado a los intereses sintéticos expresados tan enérgicamente por Parsons.

terés en la filosofía hermenéutica, la semiótica floreciente y el estructuralismo, así como en la introducción de una nueva versión de la sociología de Durkheim, de carácter mucho más simbólico que anteriormente (ver, por ejemplo, Wuthnow *et al*, 1984; Zelizer, 1985; Alexander, 1987d). Este cambio en el ambiente intelectual apenas ha comenzado a afectar de manera importante a la sociología. La nueva dirección presente en la obra de Skocpol constituye uno de los indicadores más importantes de que el cambio está empezando. La reciente aparición de algunos trabajos antiestructuralistas polémicos sobre sociología histórica (Calhoun, 1982; Prager, 1986) prometen una profundización de esta línea. De hecho, se acaba de formar una nueva sección de sociología de la cultura en la American Sociological Association y se están elaborando importantes trabajos sobre sociología de la cultura desde un enfoque macro (por ejemplo, Withnow, 1987; Archer, de próxima aparición). Si bien estos acontecimientos en la corriente macro norteamericana no se vinculan de manera directa al movimiento antimaterialista del último trabajo de Gouldner, lo complementan de forma clara y reveladora. En el ataque de Gouldner (1982) contra el "marxismo objetivo", realizado justo antes de su muerte, clamó por una revaloración de la tradición voluntarista en la sociología norteamericana. Sólo esta tradición antiestructuralista —pensó Gouldner— es capaz de teorizar sobre una sociedad civil autónoma frente al Estado y a la economía.

Este reto desigual pero insistente en los Estados Unidos a la teoría y la explicación estructuralistas ha sido más que igualado por el discurso crítico contra el marxismo estructuralista en Europa. Thompson lanzó una acalorada polémica contra el althusserismo en nombre de una teoría crítica voluntarista y centrada en la cultura. Sólo sobre estas bases teóricas revisadas —sostiene Thompson— se puede sostener la responsabilidad moral del comportamiento político radical. Este ensayo se convirtió en pararrayos del trastocamiento fundamental en la sensibilidad teórica. Por ejemplo, en este temprano y todavía multicitado artículo, Michael Mann (1970) atacó las versiones marxistas y liberales de la teoría del consenso, por hacer excesivo énfasis en la ideología, y defendió un enfoque estructural más puro con respecto al problema del conformismo de la clase obrera. En su obra posterior siguió centrándose en problemas de organización, como

los mercados de trabajo (Mann y Blackburn, 1979) y el financiamiento estatal, (Mann, 1979). Su trabajo actual consiste en una impresionante reconsideración de los orígenes del poder social. Se trata de un alejamiento decisivo de tal perspectiva. No sólo se redefine el poder de manera plural, sino que los vínculos ideológicos desempeñan el papel más crítico. Al discutir el papel histórico del cristianismo, Mann (1986, p. 507) señala: "He esperado una red como necesaria para todo lo siguiente". A juicio de Perry Anderson (1986), que hizo la reseña del trabajo de Mann en el *Times Literary Supplement*, este cambio hacia lo cultural no ha sido suficientemente decidido. Para el gusto actual de Anderson, Mann todavía "titubea cerca de la característica confusión moderna, que equipara de manera simplista poder y cultura" y recomienda que la cultura se considere de manera todavía más independiente. En su insistencia en que la autonomía de las élites religiosas es un asunto crítico para el desarrollo comparativo de las civilizaciones, el libro de Hall, *Powers and Liberties* (1985), presenta otro ejemplo de esta versión cultural en la sociología histórica. Como Anderson criticó a Mann por no ir más lejos, Hall y Mann y también Anderson han sido cuestionados por Eisenstadt (1987)<sup>23</sup> por concebir las instituciones religiosas y políticas como entidades "ontológicamente separadas". Eisenstadt reclama un enfoque más analítico que demuestre que "las visiones culturales... son elementos constitutivos de la construcción del orden social y de la dinámica institucional".

<sup>23</sup> Eisenstadt presenta este enfoque analítico como siendo prototípicamente weberiano pero Thompson, Hall, Mann y Anderson tienen tanto derecho a reclamar el crédito como él. El propio corpus de Weber, es, después de todo, una combinación compleja de aportes institucionales, ideacionales, y genuinamente reduccionistas (Alexander, 1983a). A la luz de este legado, sería más correcto ver la insistencia de Eisenstadt sobre el enfoque analítico hacia la "institucionalización" cultural como distintivamente parsoniano y el proyecto impresionante de historia comparativa de las civilizaciones en la que ha estado comprometido (véase Eisenstadt, 1986) como una forma de neofuncionalismo. Este retorno circular al trabajo de síntesis de Parsons en términos de ambiciones y a veces también de conceptos efectivos es una característica significativa y visible del nuevo movimiento teórico que estoy describiendo aquí (véase después). Mann (1986), por ejemplo, hace una cuidadosa referencia al enfoque antirreduccionista de Parsons al referirse a la capacidad organizativa. Cuando Meyer, en un texto reciente extiende su teoría institucional a la historia civilizacional y critica la investigación comparativa por ser "una especie de reduccionismo en el que tratamos las fuerzas y las relaciones con la situación occidental como algo natural o universal, ignorando su constitución socio-cultural", los ecos del enfoque analítico de Eisenstadt y Parsons hacia la cultura están muy claros.

Fuera de Inglaterra se han presentado revueltas parecidas en el edificio estructuralista. En Europa del Este (compárense, por ejemplo, Sztompka, 1974, y Sztompka, 1984, 1986 y otra obra por aparecer), en Escandinavia (Eyerman, 1982, 1984), en Francia (Touraine, 1977) e Italia (Alberoni, 1984) los teóricos antes partidarios de los argumentos marxistas han cambiado su interés apartándose de las contradicciones que limitan la acción, hacia movimientos sociales que responden a ellas. La elección racional del marxismo realizada por Elster (1982) puede considerarse un esfuerzo de esta índole, para eludir el determinismo, pero su estricta interpretación racionalista de la acción ha sido agudamente criticada (por ejemplo, Lash y Urry, 1985; Walzer, 1985) por su incapacidad para abarcar los esfuerzos morales de los movimientos sociales críticos.

El movimiento posestructuralista surgido en Francia ha llevado a un punto crítico a esta revolución contra el marxismo. Si bien en principio es tan crítica del estructuralismo simbólico como de la reducción marxista, el principal efecto de la teoría posestructuralista en las ciencias sociales estriba en reducir la influencia de los lineamientos marxistas en el pensamiento crítico. En Bourdieu (por ejemplo, 1986) el capital cultural sustituye al capital de tipo tradicionalmente económico. En Lyotard (1984) la contribución histórica de las narraciones culturales sobre la racionalidad y la rebeldía, sustituye a las explicaciones que asumen la racionalidad y vinculan la rebelión sólo con la dominación.<sup>24</sup>

Por supuesto, ha surgido un movimiento de igual importancia contra el marxismo desde el lado alemán, para el cual la práctica sociológica ha tenido todavía más consecuencias. Me refiero al drástico viraje en el trabajo de Jürgen Habermas, que se aparta de los conceptos marxistas hacia lo que denomina "teoría comunicativa". Vamos a discutir las ideas de Habermas en el contexto más amplio de los cambios en la teoría general *per se*, y con esta discusión concluiré la presentación del nuevo movimiento teórico en la sociología.

La teoría general, desde una perspectiva macro, siempre ha

<sup>24</sup> Este pensamiento posestructuralista ha comenzado a extenderse a fondo en la sociología británica, como demuestran las últimas investigaciones de Thompson (1984) y Lash (1985).

guardado una posición especial en la ciencia social. Esta forma relativamente abstracta y a menudo más bien especulativa es la que llega a los últimos rincones de esta disciplina. Contribuye a orientar la sociología al aportarle, si no un reflejo de sí misma, un reflejo de sus aspiraciones. En años recientes el trabajo de los teóricos generales más discutidos ha hecho patente un giro decisivo en alejamiento de la tendencia estructural unilateral. Las primeras obras de Giddens (1971) eran parte del embate estructuralista de la teoría del conflicto y el neomarxismo, pero a fines de los años setenta su trabajo cambió de dirección fundamentalmente. Giddens se convenció de la necesidad de una teoría complementaria de la acción. A partir de la insistencia fenomenológica en la naturaleza reflexiva de la actividad humana, desarrolló una teoría de la "estructuración" (1985), cuya meta estriba en conjugar la contingencia, la estructura material y las reglas normativas. El trabajo de Collins muestra una trayectoria semejante. Aunque ha estado más interesado que Giddens, desde el principio de su carrera, en la etnometodología, en su primer trabajo Collins (1975) presentó una defensa de la sociología estructuralista del conflicto. En años recientes, en cambio, ha abrazado una microsociología radical, fenomenológica y goffmaniana. También se ha desplazado hacia el último Durkheim. Actualmente Collins (por ejemplo, 1981, 1987) sostiene que existen cadenas de rituales de interacción que median entre la estructura social y la acción contingente.

Habermas, igualmente, inició su carrera con un modelo más típicamente macroestructuralista de la dinámica social (Habermas, 1973). Si bien en ese trabajo están presentes referencias claras a cuestiones morales y a diferentes tipos de acción, eran de carácter residual en su modelo muy político y económico de la vida institucional. En su obra reciente, sin embargo, Habermas (1984) desarrolla de manera explícita y sistemática teorías sobre los microprocesos normativos que subyacen y en ocasiones se oponen a las macroestructuras de los sistemas sociales. Se ha valido del argumento moral individual y cognoscitivo para anclar su descripción de las fases históricas mundiales del "aprendizaje social", descripciones de los actos lingüísticos para desarrollar argumentos sobre la legitimidad política, y la concepción de un mundo generado de manera interpersonal para justificar su explicación empírica de la resistencia y la tensión sociales.

Lo que hace falta en estos argumentos macroteóricos es una robusta concepción de la cultura. Habermas se aparta de los sistemas culturales porque la noción introduce un elemento de arbitrariedad e irracionalidad en toda etapa concebible de la vida histórica. Giddens y Collins no pueden suscribirla porque, muy influidos por la microsociología, conciben al actor de manera muy separada y reflexiva.<sup>25</sup> En contraste con estos esfuerzos, mi propio trabajo se inició en compromiso con la posición cultural. Sostuve (Alexander, 1982b) que dado que Marx careció de la perspectiva de Durkheim sobre la estructura de los sistemas simbólicos, su teoría radical tuvo un enfoque inherente coercitivo. La sociología política de Weber siguió esta vena marxista —sugerí (Alexander, 1983a)— que la concepción de Weber sobre la sociedad moderna niega la posibilidad de totalidades culturales integradoras. Defender la importancia de la cultura de esta manera significa reconocer la importancia central de las contribuciones teóricas de Parsons, sobre todo la diferencia que hace entre cultura, personalidad y sociedad. Sin embargo, en este trabajo también seguí a Parsons en su negación del orden, en un sentido individual. Desde entonces he trabajado de manera mucho más directa en las tradiciones micro (Alexander, 1985a; 1988; Alexander y Giesen, 1987, y Alexander y Colomy, 1985). Hemos creado un modelo que concibe la acción como elemento contingente del comportamiento, susceptible de diferenciarse analíticamente de la mera reproducción. Esta acción se puede concebir como interna a los ámbitos simbólico, social y psicológico. Estos ámbitos se interpenetran con el actor empírico concreto, que ya no se identifica con la acción puramente contingente como en las tradiciones de la microteoría.

El nuevo movimiento teórico de la sociología avanza en una serie de frentes y bajo diversos nombres. Seguirá haciéndolo hasta que se agote la energía de este péndulo. A mi juicio, la clave para asegurar que este movimiento sea intelectualmente progresista descansa en un reconocimiento más directo de la centralidad del significado estructurado colectivamente, o cultura. Existe una amplia brecha entre la mayor parte de los nuevos embates sintéti-

<sup>25</sup> Como ha señalado Archer (1985b), esta separación exagerada entre individuos y su medio ambiente constituye la otra cara del excesivo hincapié de Giddens en la materialidad coercitiva de la estructura social.

cos en la teoría general, por un lado, y el giro hacia una nueva teoría cultural que ha caracterizado a la nueva tendencia macro en sus formas más sustanciales, por otro. Esta brecha sólo podrá estrecharse si los teóricos generales están dispuestos a penetrar en la espesura de los "estudios culturales", bien pertrechados desde luego, con sus instrumentos sociológicos. Sin embargo, en esta ocasión no se puede permitir que la teoría sobre la cultura degenera en un disfraz del idealismo. Tampoco se le debe conferir un aura de objetividad que dé prioridad a la creatividad individual y a la rebelión contra las normas.<sup>26</sup> Si se evitan estos errores, el nuevo movimiento en sociología podrá desarrollar una teoría en verdad multidimensional. Será una contribución permanente al pensamiento social, aunque no impida que el péndulo vuelva a caer.

Traducción de ROSAMARÍA NÚÑEZ

### Bibliografía

- Abrams, M. H., *Natural Supernaturalism*, Nueva York, Norton, 1971.  
 Alberoni, Francesco, *Movement and Institution*, Nueva York, Columbia University Press, 1984.  
 Alexander, Jeffrey C., *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies*, vol. 1

<sup>26</sup> Se trata, desde luego, de los mismos errores de Parsons en su esfuerzo por sintetizar las escuelas rivales de la sociología hace dos generaciones. No obstante, es el mismo tipo de esfuerzo —sintetizar acción y estructura, cultura y fuerza material— en que está enfrascada actualmente la nueva generación de teóricos.

No debe entonces asombrar que uno de los aspectos que reviste este nuevo movimiento teórico sea la revitalización de la teoría parsoniana. Incluso en las variantes más ortodoxas de esta revitalización, se puede advertir el impacto del nuevo movimiento. Si bien Luhmann (1979) ha conferido al macroconcepto radical de "sistemas" una imponente dimensión, no se debe olvidar que este autor explica la existencia misma de los sistemas con referencia a microprocesos fundamentales, que identifica como necesidad existencial del individuo de reducir la complejidad. En su obra más reciente sobre los sistemas autopoieticos (Luhmann, 1987) convierte la dialéctica entre micro y macro en la esencia misma de las sociedades modernas. Este énfasis ha tenido importante influencia en el esfuerzo de Münch (1981-1982) por remodelar la teoría sistemática de Parsons. Mientras suele criticar las tradiciones micro radicales, ha incorporado la contingencia en sus modelos cuatridimensionales revisados, en una manera nunca considerada por Parsons. En su obra reciente en defensa de un enfoque nuevo de la cultura en la macrosociología, Archer (1985a) vuelve a la perspectiva de Parsons de manera menos ortodoxa (confrontar los ensayos en Alexander, 1985b). La cultura se puede restaurar —afirma— sólo si se evita la combinación de hacer patrones culturales con el equilibrio social. Esta línea de argumentación está planteada en su obra de próxima publicación, *Culture and Agency*, que representa un importante esfuerzo por reinsertar la cultura en la teoría sociológica general (también consultar, a este respecto, Wuthnow *et al.*, 1984).

- de *Theoretical Logic in Sociology*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1982a.
- , *The Antinomies of Classical Thought: Marx and Durkheim*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1982b.
- , "Kuhn's Unsuccessful Revisionism: A Rejoinder to Selby", *Canadian Sociological Review* 7:66-71, 1982c.
- , *The Classical Attempt at Synthesis: Max Weber*, vol. 3 de *Theoretical Logic in Sociology*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1983a.
- , *The Modern Reconstruction of Classical Thought: Talcott Parsons*, vol. 4 de *Theoretical Logic in Sociology*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1983b.
- , "The Parsons Revival in German Sociology", pp. 394-412 en R. Collins, ed., *Sociological Theory*, San Francisco, Jersey Bass, 1984.
- , "The Individualist Dilemma in Phenomenology and Interaction", pp. 25-57, en Eisenstadt y Halle, eds., *Macrosociological Theory*, Beverly Hills y Londres, Sage, 1985a.
- , *Neofunctionalism* (ed.), Beverly Hills y Londres, Sage, 1985b.
- , "On the Centrality of the Classics", pp. 11-57 en Anthony Giddens y Jonathan Turner, eds., *Social Theory Today*, Londres, Macmillan, 1987a.
- , *Twenty Lectures: Sociological Theory since World War II*, Columbia University Press, Nueva York, 1987b.
- , "Science, Sense, and Sensibility", *Theory and Society* 15:443-463, 1987c.
- , *Durkheimian Sociology: Cultural Studies* (ed.), Cambridge University Press, Nueva York, 1988a.
- , *Action and Its Environments: Towards a New Synthesis*, Columbia University Press, Nueva York, 1988b.
- , y Paul Colomy, "Towards Neofunctionalism: Eisenstadt's Change Theory and Symbolic Interaction", *Sociological Theory*, 3:11-32, 1985.
- (eds), *Differentiation Theory and Social Change: Historical and Comparative Approaches*, Columbia University Press, Nueva York, 1988.
- , y Bernhard Giesen, "Form Reduction to Linkage: The Long View of the Micro-Macro Link", pp. 1-42, en Alexander Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (eds.), *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- , y Steven Seidman (eds.), *Culture and Society: Contemporary Debates*, Cambridge University Press, Nueva York (en preparación).
- Althusser, Louis y Etienne Balibar, *Reading Capital*, New Left Books, Londres, 1970.
- Anderson, Perry, "Those in Authority" (reseña de Michael Mann, *The Origins of Social Power*, vol. I), *Times Literary Supplement*, 12 de diciembre de 1986.
- Archer, Margaret, "The Myth of Cultural Integration", *British Journal of Sociology*, 36:333-353, 1985a.
- , "Structuration versus Morphogenesis", pp. 58-88, en Eisenstadt y Halle (eds.), *Macrosociological Theory*, Sage, Beverly Hills y Londres, 1985b.
- , *Culture and Agency*, Cambridge University Press, Londres (en preparación).
- Becker, Howard, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, The Free Press, Glencoe, 1963.
- , *Art Worlds*, University of California Press; Berkeley y Los Angeles, 1984.
- Berenson, Edward, "Review of Eugen Weber, *Peasants Into Frenchmen*. "Economic History Review, 1980.
- , *Populist Religion and Left Wing Politics in France, 1830-1852*, Princeton University Press, Princeton, 1984.
- Blau, Peter, *Inequality and Heterogeneity*, Free Press, Nueva York, 1977.
- , M. Peter, Terry C. Blum y Joseph E. Schwartz, "Heterogeneity and Inter-marriage", *American Sociological Review* 47:45-62, 1982.

- Blumer, Herbert, "Social Psychology", pp. 144-198, en E.D. Schmidt (ed.), *Man and Society*, Prentice Hall, Nueva York, 1937.
- , "The Methodological Position of Symbolic Interactionism", Blumer (comp.), *Symbolic Interactionism*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J., 1969.
- Boudon, Raymond, *The Unintended Consequences of Social Action*, St. Martin, Nueva York, 1982.
- , "The Individualistic Tradition in Sociology", pp. 45-70, en Alexander, B. Giesen, R. Mand, y N. Smelser (comps.), *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- Bourdieu, Pierre, *Distinction*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1986.
- Calhoun, Craig, *The Question of Class Struggle: The Social Foundations of Popular Radicalism*, University of Chicago Press, Chicago, 1982.
- Coleman, James, "Review Symposium on Harold Garfinkel's Studies in Ethnomethodology", *American Sociological Review* 33:126-300, 1968.
- , "Microfoundations and Macrosocial Behavior", pp. 153-175, en Alexander *et al.*, *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987a.
- , "Toward a Social Theory of Constitutions", manuscrito inédito (1987b).
- Collingwood, Charles, *Metaphysics*, Londres, 1940.
- Collins, Randall, *Conflict Sociology*, Academic Press, Nueva York, 1975.
- , "On the Microfoundations of Macrosociology", *American Journal of Sociology* 86:984-1 014, 1981.
- , "The Conflict Tradition in Durkheimian Sociology", en Jeffrey C. Alexander (ed.), *Durkheimian Sociology: Cultural Studies*, Cambridge University Press, Nueva York, 1988.
- Coser, Lewis, "Presidential Address: Two Methods in Search of a Substance", *American Sociological Review* 40:691-700, 1975.
- Dahrendorf, Ralf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press, Stanford, 1959.
- , "Macro-Sociology and Sociological Theory: Some New Directions (Review Essay)", *Contemporary Sociology* 16(5): 602-610, 1987.
- Darnton, Robert, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Vintage, Nueva York, 1984.
- Di Maggio, Paul, "Interest and Agency in Institutional Theory", pp. 3-21, en Lynn G. Zucker (ed.), *Institutional Patterns and Organizations: Culture and Environment*, Ballinger, Cambridge, Ma., 1988.
- Douglas, Mary, *Purity and Danger*, Penguin, Londres, 1966.
- Durkheim, Emile, [1895] *The Rules of Sociological Method*, Free Press, Nueva York, 1937 (1895).
- Eisenstadt, S.N., "Culture and Social Structure Revisited", *International Sociology* 1(3): 297-320, 1986.
- , "Macro-Sociology and Sociological Theory: Some New Directions (Review Essay)", *Contemporary Sociology* 16(5): 602-610, 1987.
- , y M. Culelaru, *The Forms of Sociology: Paradigms and Crises*, Wiley, Nueva York, 1976.
- Ekeh, Peter K., *Social Exchange Theory: The Two Traditions*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1974.
- Elster, Jan, *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, Nueva York, 1985.
- Eyerman, Ron, "Some Recent Studies of Class Consciousness", *Theory and Society* 11:541-553, 1982.
- , "Social Movements and Social Theory", *Sociology* 18:71-81, 1984.
- Foucault, Michel, *The Order of Things*, Tavistock, Londres, 1970.
- Friedrichs, Robert, *A Sociology of Sociology*, Free Press, Nueva York, 1970.

- Garfinkel, Harold, "A Conception of and Experiments with Trust as a Condition of Concerted Stable Actions", pp. 187-238, en O.J. Harvey (ed.), *Motivation and Social Interaction*, Ronald Press, Nueva York, 1963.
- , *Studies in Ethnomethodology*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J., 1967.
- , Michael Lynch y Eric Livingston, "The Work of Discovering Science construed with Materials from the Optically Discovered Pulsar", *Philosophy of Social Science* 11:131-158, 1981.
- Geertz, Clifford, *The Interpretation of Culture*, Basic Books, Nueva York, 1973.
- Giddens, Anthony, *Capitalism and Modern Social Theory*, Cambridge University Press, Nueva York, 1971.
- , *New Rules of Sociological Method*, Basic Books, Nueva York, 1976.
- , *The Constitution of Societies*, Macmillan, Londres, 1985.
- Godelier, Maurice, "System, Structure, and Contradiction in *Capital*", en Ralph Miliband y John Saville (eds.), *The Socialist Register*, 1967.
- Goffman, Erving, *The Presentation of Self in Everyday Life* Doubleday, Nueva York, 1959.
- , *Behavior in Public Places*, Free Press, Nueva York, 1963.
- , *Frame Analysis*, Harper and Row, Nueva York, 1974.
- Goldthorpe, John, "A Revolution in Sociology?", *Sociology* 7(3):449-462, 1973.
- Goode, William J., *The Celebration of Heros: Prestige as a Social Control System*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1979.
- Gouldner, Alvin, *The Two Marxisms*, Seabury, Nueva York, 1982.
- Habermas, Jürgen, *Knowledge and Human Interests*, Beacon Press, Boston, 1971.
- , *Theory and Practice*. Beacon Press, Boston, 1973.
- , *Reason and the Rationalization of Society*, vol. 1, de *The Theory of Communicative Action*, Beacon, Boston, 1984.
- Hirschman, Albert, *The Passions and the Interests*, Princeton University Press, Princeton, 1977.
- Holton, Gerald, *Thematic Origins of Scientific Thought: Kepler to Einstein*. Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1973.
- Homans, George, "Social Behavior as Exchange", *American Journal of Sociology*, 62:597-606, 1958.
- , *Social Behavior: Its Elementary Forms*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1961.
- , "Introduction", en Homans, *Sentiments and Activities*, Free Press, Nueva York, 1962.
- , *Coming to My Senses*, Transaction, New Brunswick, N.J., 1984.
- Hughes, H. Stuart, *Consciousness and Society*, Random House, Nueva York, 1958.
- Hunt, Lynn, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1984.
- , "The Sacred and the French Revolution", en Jeffrey C. Alexander (ed.), *Durkheimian Sociology: Cultural Studies*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987.
- Kadushin, Charles, "Cast Thy Bread Upon the Waters...", Graduate Center, City University of New York, manuscrito inédito.
- Knorr-Cetina, Karen y Aaron Cicourel (eds.), *Advances in Social Theory and Methodology: Towards an Integration of Micro and Macro-Sociology*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1981.
- Knorr-Cetina, Karen y Michael Mulkay (eds.), *Science Observed: New Perspectives on the Social Study of Science*, Sage. Beverly Hills y Londres, 1983.
- Kreps, Gary, "Classical Themes, Structural Sociology, and Disaster Research", en R.R. Dynes y Carlo Pellanda (eds.), *Sociology of Disasters*, Franco Angeli, Goprizia, Italia, 1987.
- , "Disaster and the Social Order: Definition and Taxonomy", *Sociological Theory* 3 (primavera):49-64, 1985.

- Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions* (2a. ed.), University of Chicago Press, Chicago, 1970.
- Lash, Scott, "Postmodernity and Desire", *Theory and Society* 14:1-34, 1985.
- , y John Urry, "The New Marxism of Collective Action: A Critical Analysis", *Sociology* 18(1):33-50, 1984.
- Lewis, J. David y Richard L. Smith, *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology and Symbolic Interactionism*, University of Chicago Press, Chicago, 1980.
- Lieberson, Stanley, *A Piece of the Pie*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1980.
- Lindenberg, Ziegfried, "The New Political Economy: Its Potential and Limitations for the Social Sciences in General and Sociology in Particular", pp. 7-66, Wolfgang Sedzsur (ed.), *Ökonomische Erklärung sozialen Verhalt*, Sozialwissen Schaffliche Kooperative, Duisberg, 1983.
- , *Trust and Power*, Wiley, Nueva York, 1979.
- , "The Evolutionary Differentiation Between Society and Interaction", pp. 112-133, en Alexander *et al.*, *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- Lytard, Jean-Francois, *The PostModern condition*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1984.
- Maines, Davis, "Social Organization and Social Structure in Symbolic Interactivist Thought", *Annual Review of Sociology*, 3:235-60, 1977.
- Mann, Michael, "The Social Cohesion of Liberal Democracy", *American Sociological Review* 35: —, 1970.
- , "State and Society, 1130-1815: An Analysis of English State Finances", *Political Power and Social Theory*, vol. 1, Maurice Zeitlin (ed.), JAI Press, Greenwich, Conn., 1979.
- , *The Origins of Social Power*, vol. 1: *A History of Power From the Beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, Londres, 1986.
- , y Robin M. Blackburn, *The Working Class in the Labor Market*, Macmillan, Londres, 1979.
- Merton, Robert K., "On the History and Systematics of Sociology", pp. 1-38, en Merton, *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Nueva York, 1967.
- Meyer, John W., "Conceptions of Christendon: Notes on the Distinctiveness of the West", *Paper Delivered at the Annual Meetings of the American Sociological Association*, Chicago, 1987.
- , y John Scott, *Organizational Environments: Ritual and Rationality*, Sage, Beverly Hills, 1983.
- Molotch, Harvey y Deirdre Boden, "Talking Social Structure: Discourse, Domination, and the Watergate Hearings", *American Sociological Review* 50:273-287, 1985.
- Moore, Barrington, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, Boston, 1966.
- , *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*, Beacon, Boston, 1978.
- Munch, Richard, "Talcott Parsons and the Theory of Action" partes, I y II, *American Journal of Sociology* 86-87:709-749 y 771-826, 1981.
- O'Connor, James, *The Fiscal Crisis of the State*, St. Martin's, Nueva York, 1978.
- Offe, Claus, *Contradictions of the Welfare State*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1984 (1972).
- Parsons, Talcott, *The Structure of Social Action*, Free Press, Nueva York, 1937.
- Pinch, T.J. y H.M. Collins, "Private Science and Public Knowledge", *Social Studies in Science* 14:521-546, 1984.
- Poulantzas, Nico, *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres, 1972.

- Prager, Jeffrey, *Building Democracy in Ireland: Political Order and Cultural Order in a Newly Independent Nation*, Cambridge University Press, Nueva York, 1986.
- Rabb, Theodore K. y Robert I. Rotberg, *The New History: The 1980's and Beyond*, Princeton University Press, Princeton, 1982.
- Rajchman, John, "Philosophy in America", pp. ix-xxvii, en Rajchman y Cornell West (eds.) *Post-Analytic Philosophy*, Columbia University Press, Nueva York, 1985.
- Rex, John, *Key Problems in Sociological Theory*, Routledge, Londres, 1961.
- Ritzer, George, *Sociology: A Multi-Paradigm Science*, Boston, 1975.
- Rorty, Richard, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, Princeton, 1979.
- , "The Historiography of Philosophy: Four Genres", pp. 49-76, en Rorty, J.B. Schneewind, y Quentin Skinner (eds.), *Philosophy in History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.
- Sacks, Harvey, Emmanuel A. Schegloff y Gail Jefferson, "A Simplest Systematics for the Organization of Turn-Taking for Conversation", *Language* 50:696-735, 1974.
- Schegloff, Emmanuel, "Between Macro and Micro: Contexts and other Connections", pp. 207-235, en Alexander *et al.*, *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- Seidman, Steven, "Beyond Presentism and Historicism: Understanding the History of Social Science", *Sociological Inquiry*, :79-94, 1983.
- , "Classics and contemporaries: The History and Systematics of Sociology Revisited", *History of Sociology*, en prensa.
- Sewell, William, *Work and Revolution in France*, Cambridge University Press, Nueva York, 1980.
- , "Ideologies and Social Revolutions: Reflections on the French Case", *Journal of Modern History*, 57:57-85, 1985.
- Sica, Alan, "Hermeneutics and Axiology: the Ethical Content of Interpretation", pp. 141-157, en Mark L. Nardell y Stephen J. Turner (eds.), *Sociological Theory in Transition*, Allen and Unwin, Boston, 1986.
- Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.
- , "Rentier State and Shi'a Islam in the Iranian Revolution", *Theory and Society*, 11:265-284, 1982.
- , "Cultural Idioms and Political Ideologies in the Revolutionary Reconstruction of State Power: A Rejoinder to Sewell", *Journal of Modern History*, 57:86-96, 1985.
- Smelser, Neil, *Social Change in the Industrial Revolution*, University of California Press, Chicago: 1959.
- Smith, Dorothy, "Textually Mediated Social Organization", *International Social Science Journal*, 36:59-75, 1984.
- Spiegelberg, H., *The Phenomenological Movement: A Historical Introduction* (2 vols.), Martinus Nijhoff, The Hague, 1971.
- Strauss, Anselm, *Negotiations: Contexts, Processes and Social Order*, Jossey-Bass, San Francisco, 1978.
- Stinchcombe, Arthur, *Constructing Social Theories*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1968.
- , *Theoretical Methods in Social History*, Nueva York, 1978.
- Stryker, Sheldon, *Symbolic Interactionism: A Social Structural Version*, Cummings, Menlo Park, 1980.
- Sztompka, Piotr, *System and Function*, Academic Press, Nueva York, 1974.
- , "The Global Crisis and the Reflexiveness of the Social System", *International Journal of Comparative Sociology*, 25(1-2):45-58, 1984.
- , "The Renaissance of Historical Orientation in Sociology", *International Sociology*, 1:321-337, 1986.

- , "Social Movements: Structures in Statu Nascendi", *International Sociology*, en prensa.
- Taylor, Charles, *Hegel*, Oxford University Press, Nueva York, 1975.
- Thompson, John B., *Studies in the Theory of Ideology*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1984.
- , "Editor's Introduction", pp. 1-27, en Claude Leford, *The Political Forms of Modern Society: Bureaucracy, Democracy, Totalitarianism* (Thompson, ed.), MIT Press, Cambridge, Ma., 1986.
- Touraine, Alain, *The Self-Production of Society*, University of Chicago, Chicago, 1977.
- Trevor-Roper, H.R., "Religion, the Reformation and Social Change", *Historical Studies* 4:18-45, 1965.
- Treiman, Don, *Occupational Prestige in Comparative Perspective*, Wiley and Sons, Nueva York, 1977.
- Turner, Jonathan, "Review: The Theory of Structuration", *American Journal of Sociology*, 91:969-977, 1986.
- Turner, Stephen P., "Underdetermination and the Promise of Statistical Sociology", *Sociological Theory*, 5(2):172-184, 1987.
- Turner, Victor, *The Ritual Process*, Aldine, Chicago, 1969.
- Van Den Berg, Axel, *The State of Marxism*, Princeton University Press, Princeton, en prensa.
- Wagner, David G., *The Growth of Sociological Theories*, Sage, Beverly Hills y Londres, 1984.
- , y Joseph Berger, "Do Sociological Theories Grow?", *American Journal of Sociology*, 90:697-728, 1984.
- Walby, Sylvia, *Patriarchy at work*, Macmillan, Londres, 1986.
- Waldell, Mark L. y Stephen P. Turner (eds.), *Sociological Theory in Transition*, Allen and Unwin, Boston, 1986.
- Wallace, Walter, *Principles of Scientific Sociology*, Aldine, Chicago, 1983.
- Walzer, Michael, "Review of Jan Elster, *Making Sense of Marx*", *New York Review of Books*, vol. 32:43-46, 21 de noviembre de 1986.
- , *Interpretation and Social Criticism*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1987.
- Weber, Eugene, *Peasants into Frenchman*, Stanford University Press, Stanford, 1976.
- Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Scribners, Nueva York, 1958 (1904-1905).
- Wilentz, Sean (ed.), *The Rites of Power*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1985.
- Williams, Bernard, *Ethics and the Limits of Philosophy*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1985.
- Wippler, R. y S. Lindenberg, "Collective Phenomena and Rational Choice", pp. 135-152, en Alexander et al., *The Micro-Macro Link*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- Wright, Erik Olin, *Class, Crisis, and the State*, New Left Books, Londres, 1978.
- Wuthnow, Robert, *Meaning and Moral Order: Explorations in Cultural Analysis*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1987.
- Wuthnow, Robert, Edith Kurzweil, James Hunter y Albert Bergesen, *Cultural Analysis*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1984.
- Zelizer, Viviana, *Pricing the Priceless Child*, Basic Books, Nueva York, 1985.
- Zucker, Lynn G., "Where Do Institutional Patterns Come From? Organizations as Actors in Social Systems", pp. 23-49, en Zucker (ed.), *Institutional Patterns and Organization: Culture and Environment*, Ballinger, Cambridge, Ma., 1988.

